

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

TRES CADENAS PERPETUAS

*Kelltom
McIntire*



Cuando al anochecer llegábamos a nuestra celda, nos sentíamos demasiado agotados para charlar.

Jean Paul se desprendía de la chaqueta y la camisa y se lavaba concienzudamente el cuello, las orejas, la cara y el pecho. Luego se secaba, frotando la áspera toalla carcelaria contra su piel hasta que ésta enrojecía. A continuación se ponía su pijama de seda azul y se dejaba caer sobre el camastro con un suspiro de satisfacción.

En cuanto a Claude, era demasiado indolente para gastar sus energías en cualquier movimiento que no fuera absolutamente imprescindible. Claude era de mi estatura aproximadamente, pero mucho más robusto y macizo. Claude, después de la cena, se dejaba caer en la cama y permanecía largo rato en silencio y con la mirada clavada en el techo.



Kelltom McIntire

Tres cadenas perpetuas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1631

ePub r1.0

Lds 12.02.19

Título original: *Tres cadenas perpetuas*

Kelltom McIntire, 1981

Cubierta: Martin

ePub modelo

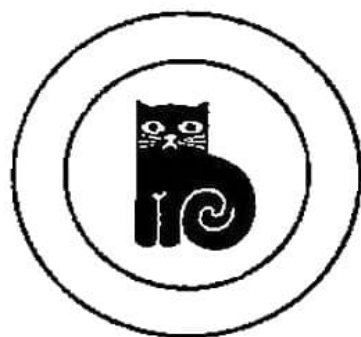
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando al anochecer llegábamos a nuestra celda, nos sentíamos demasiado agotados para charlar.

Jean Paul se desprendía de la chaqueta y la camisa y se lavaba concienzudamente el cuello, las orejas, la cara y el pecho. Luego se secaba, frotando la áspera toalla carcelaria contra su piel hasta que ésta enrojecía. A continuación se ponía su pijama de seda azul y se dejaba caer sobre el camastro con un suspiro de satisfacción.

En cuanto a Claude, era demasiado indolente para gastar sus energías en cualquier movimiento que no fuera absolutamente imprescindible. Claude era de mi estatura aproximadamente, pero mucho más robusto y macizo. Claude, después de la cena, se dejaba caer en la cama y permanecía largo rato en silencio y con la mirada clavada en el techo.

Yo aguardaba a que ellos estuvieran acostados y entonces me refrescaba el rostro y el pecho con agua clara. Lamentablemente, no disponía *de* un finísimo pijama de seda como Jean.

Acabábamos de comer el rancho. Poco después se oía el toque de sirena que ordenaba silencio y, a partir de ahí, la Segunda Galería —máxima seguridad— se convertía en un pozo de silencio. Pero la bombilla seguía encendida toda la noche.

Aquel día lo había pasado en los bosques de Grenéges, con un hacha enorme en las manos, talando dos docenas de pinos.

Yo era un joven esbelto, delgado y débil y, al principio, me había costado sudor y sangre habituarme a aquel trabajo.

El primer día, mis manos se llenaron de ampollas y empezaron a sangrar cuando las burbujas se rompieron. Las heridas me escocían terriblemente y el mango del hacha se escapaba de mis manos a riesgo de cortarme un tobillo.

No me quejé, pues tenía ya una amarga experiencia acerca de las reclamaciones en la prisión.

Finalmente, Claude Montaigne, que cortaba troncos con increíble facilidad, vio la sangre en mis manos, se acercó a mí y me ofreció unos jirones de tela, con los que me vendé las manos.

Mis sufrimientos fueron inexpresables a lo largo de los primeros días. Mis manos heridas y doloridas, ardían y me impedían dormir.

Pero no sólo se trataba de mis manos. Mi esqueleto quebrantado no hallaba acomodo sobre el duro jergón de crin vegetal, de modo que me movía continuamente tratando de hallar una postura que me permitiera conciliar el sueño.

Veía transcurrir lentamente las horas de la noche sin permitirte un solo momento de descanso. Y a la mañana siguiente, la sirena sonaba a las seis, nos hacían subir a los camiones tras el parco desayuno y de nuevo al bosque, a seguir abatiendo pinos centenarios, la mayoría de los cuales tenían troncos que superaban los sesenta centímetros de diámetro.

Podíamos haber utilizado sierras e incluso moto-sierras. Pero no, nuestras condenas eran a trabajos forzados y había que entregar el alma, golpe a golpe, antes de que lográsemos abatir una de las gigantescas coníferas.

Si al menos me hubiera nutrido adecuadamente. Pero el olor del rancho me producía arcadas y yo sólo probaba un bocado. Claude era quien, con hambre Insaciable, se encargaba de dar cuenta de mi rancho.

Pero las jornadas que estaban por venir, me demostraron que una persona es capaz de superar todos los obstáculos con tal de seguir alentando.

Lentamente, las heridas de mis manos fueron cicatrizando. La piel se endureció y encalleció.

Por otra parte, no me quedó más remedio que tragar el rancho si no quería convertirme en un tuberculoso.

De vez en cuando, vomitaba. Pero incluso logré superar las náuseas e imité a Claude Montaigne, que devoraba cuanto caía al alcance de sus manos y de sus insaciables fauces.

El trabajo era durísimo. Se trabajaba en el bosque desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde, hora en que subíamos a los camiones, estrechamente vigilados por los carceleros armados de

fusiles ametralladores.

No nos permitían un rato de esparcimiento en compañía. Cuando los camiones penetraran en la soberbia cárcel fortaleza de Bressay, descendíamos entre dos hileras de vigilantes, que nos contaban atentamente y nos escoltaban hasta las celdas.

Esta del recuento era una manía que yo no podía entender. Se nos contaba al primer toque de sirena, por la mañana; volvían a contarnos cuando subíamos a los camiones, cuando llegábamos al bosque. Durante la jornada de trabajo, éste se interrumpía cuatro veces para obligarnos a formar y contarnos de nuevo. Al partir, de regreso a Bressay, nos contaban una vez más lo mismo que al llegar a la penitenciaría. Después de la cena —que nos servían en platos de aluminio en nuestras propias celdas—, nos contaban otra vez y ya no nos obligaban a incorporarnos hasta la mañana siguiente, al toque de diana. Pero durante la noche, oíamos los pasos en el exterior y el chirrido de la mirilla de la puerta metálica que nos encerraba: estaban contándonos de nuevo.

Sólo se nos permitía un día de descanso a la semana: el domingo.

¿Diversiones, esparcimiento? Sí. Por la mañana, podíamos asistir a dos o tres servicios religiosos, oficiados por los tres capellanes de diversas religiones (los que no acudían a estos servicios, permanecían en sus celdas). Más tarde, teníamos un paseo de una hora en el patio general. Cada domingo te tocaba a una hora distinta, pues los presos nos relevábamos en grupos de cien y en Bressay estábamos unos trescientos ochenta.

Si no nos habíamos hecho acreedores a sanción alguna, podíamos pedir un libro a la biblioteca, que recogía uno de las ordenanzas, celda por celda, al caer la tarde. Y eso era todo.

¡Ah!, se me olvidaba: también, el domingo, nos permitían fumar. Pero la mayoría de nosotros no gozábamos de las visitas de nuestros parientes, no disponíamos de dinero y, en consecuencia, no teníamos nada que fumar. Los seis días restantes de la semana estaba absolutamente prohibido fumar. Transgredir esta norma, podía costarnos un mes en la «nevera» y esto era algo que todos temíamos más que a la peste.

De todas formas, había quien encendía un cigarrillo en un momento en que el vigilante se hallaba distraído. Se daban unas

ansiosas y profundas caladas al cigarrillo, que por lo común corría presurosamente de mano en mano hasta consumirse en dos minutos.

Pero ocultar tabaco y cerillas en los calcetines —el pantalón y la chaqueta de uniforme carecían de bolsillos— era sumamente arriesgado, pues a veces nos hacían formar y nos cacheaban por sorpresa.

El castigo más leve para aquél a quien se encontrara tabaco solía consistir en la prohibición de fumar... por todo un año. Pero había sanciones más fuertes para los reincidentes.

Había muchas prohibiciones. En realidad ¿qué era lo que no estaba prohibido?

Durante el paseo, no podíamos reunimos en grupos de más de dos individuos. No podíamos cuchichear, sino hablar en voz alta y clara —que fuera perfectamente audible para el vigilante más próximo— y sólo podíamos expresarnos en francés.

No podíamos llevar ningún objeto encima (precisamente por esto el uniforme de penado carecía de bolsillos), ni cantar, ni alborotar.

Ninguno de nosotros podía dirigirse a los vigilantes si éstos no nos habían interpelado previamente. Y entonces había que adoptar una rígida posición de firmes, con la barbilla alta y remangada, la mirada fija, los hombros cuadrados y los brazos tiesos y pegados al cuerpo.

El trabajo era terriblemente duro, pero la monótona secuencia de los días era verdaderamente desesperante.

Los días eran iguales entre sí, uno por uno, excepto los domingos y festivos. En estas fechas, al placer de fumarse uno o dos paquetes de cigarrillos —si se disponía de tabaco— se unía al encanto maravilloso de descansar durante veinticuatro horas.

Pero aparte de esto, el aburrimiento era nuestro principal enemigo. Un tedio mortal que nos llevaba a la desesperación.

Imaginar que un día podría uno alcanzar la libertad parecía tan remoto que lo más sensato era olvidarse de pensamientos tan estúpidos.

Sólo algunos incidentes venían a sacudir la monotonía constante, pero normalmente estos episodios solían tener dramáticas repercusiones para los presos.

Recuerdo que, cuatro meses después de llegar a la prisión de Bressay, uno de los forzados atacó inopinadamente con su hacha a uno de los vigilantes armados.

Fue algo terrible, aunque yo no presencié el hecho, pues me encontraba en otro lugar del bosque.

De repente, los vigilantes comenzaron a gritar como energúmenos e incluso dispararon varias ráfagas de sus ametralladores, aunque milagrosamente ninguno de nosotros fuimos alcanzados por las balas, que arrancaron gruesas astillas de los troncos de los pinos próximos al lugar en que me encontraba.

—¡Al suelo! ¡Todos al suelo! —aullaban los guardianes. Y vi cómo se hacían obedecer salvajemente, derribando a patadas y culatazos a los más remisos.

A algunos llegaron a pisarle el cuello. Parecían asustados, tan inquietos que los ametralladores temblaban peligrosamente en sus manos.

Permanecemos vientre a tierra, absolutamente inmóviles por espacio de una hora. Al parecer, llegaron refuerzos después y nos ataron en cadena, con grilletes en los tobillos.

Luego nos empujaron a los camiones —era media mañana—, sin darnos ninguna explicación.

Más tarde supe lo que había ocurrido por medio de uno de los ordenanzas que repartían el rancho celda por celda.

André Haumeau, un joven de unos veinte años, había matado a hachazos a uno de los vigilantes, el llamado *monsieur* Fauve, un individuo alto y fornido, de rostro rojizo y ojos pequeños e inquietos.

Nadie podía explicárselo. Al parecer, Haumeau se había vuelto loco de repente. Sin previo aviso, había atacado a *monsieur* Fauve con tal audacia y contundencia que el vigilante se vio desarmado al primer golpe. El segundo hachazo alcanzó al funcionario en el pecho y le derribó. Al parecer, después, André Haumeau se cebó en el caído hasta destrozarle horriblemente en pocos minutos.

Según se contaba, Haumeau había intentado escapar después de cometer su crimen. Pero una ráfaga de fusil ametrallador había cortado en seco su fuga.

Algún tiempo después circuló un rumor por la penitenciaria. Según éste, el oficial Fauve tenía tendencias homosexuales. Cuando

el rumor se extendió, no faltó quien sospechara que el joven había matado al guardián después de que éste hiciera al forzado determinadas proposiciones deshonestas.

Esta sospecha se vio confirmada poco después: el vigilante Fauve fue separado del servicio, primero, y después lo expulsaron del Cuerpo de Prisiones.

CAPÍTULO II

Recordando estos dramáticos acontecimientos, comprendí que yo — dentro de mi desgracia— tenía mucha suerte con mis compañeros de celda.

Indudablemente, ni Claude Montaigne ni Jean-Paul Lacoste eran homosexuales.

Había muchos matrimonios de homosexuales de uno y otro signo en Bressay, según los comentarios que escuchaba a menudo.

Al principio, yo sentía náuseas cuando oía hablar de estos amores entre individuos del mismo sexo. En mi ingenuidad, estaba dispuesto a matar a todo aquel que me hiciera alguna proposición en tal sentido, aunque temblaba de miedo y de cólera ante semejante posibilidad.

Luego, pasados unos meses, fui comprendiendo que la prisión era un mundo aparte, remoto, donde cualquier cosa, por extraña que pudiera parecer, podría ocurrir.

Montaigne, que era decididamente viril y tajante en cuanto a las desviaciones sexuales, disculpaba sin embargo a los sarasas y sus «truncos».

—La mayoría llevan doce o catorce años encerrados. Conozco a muchos que, cuando llegaron aquí, odiaban a los mariquitas y bujarrones. Pero la soledad y desesperación pueden borrar cualquier concepto moral. Lo mejor que puedes hacer, amiguito, es no meterle con ellos. Probablemente, ellos se desentenderán de ti. Y si no, aquí estoy yo, que siempre te echaré una mano en momentos de apuro —me decía.

Posiblemente, Claude tenía razón.

Muchos de aquellos condenados eran hombres de más de

cincuenta años. Algunos estaban condenados a perpetuidad y no cabía mucha esperanza de que algún día fueran indultados.

¿Qué ilusión podrían tener aquellos hombres que envejecerían lentamente en la prisión, que acabarían tullidos, tuberculosos o, en el mejor de los casos, con las facultades mentales perturbadas?

Por eso, procuraban relacionarse con los más jóvenes, a los que protegían del ambiente maligno y demoledor de la cárcel a cambio de ilusorias compensaciones sentimentales o de signo aún menos confesable.

Sí, yo había tenido mucha suerte, pues el hecho de ocupar una celda con Claude Montaigne y

Jean-Paul

Lacoste había evitado desde el primer momento cualquier incidente desagradable —que degeneraría necesariamente en enfrentamiento violento— con el grupo de los homosexuales, los cuales formaban un círculo cerrado, dentro del cual todos se protegían y defendían sus derechos entre sí y de cara al resto de los presidiarios.

Montaigne era un hombre muy peligroso, o al menos ésa era su fama.

Con una estatura de un metro ochenta centímetros de estatura, tenía unos hombros amplios y musculosos, unos brazos hercúleos y un torso propio de un coloso romano.

Una cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda desde la oreja a la mandíbula le daba un aspecto feroz. Nunca habló de aquella cicatriz, pero parecía evidente que venía a ser la reliquia de algún enfrentamiento a navajazos.

Su expresión salvaje se veía acentuada por el redondo y brillante cráneo, siempre rapado al cero. Verdaderamente, no nos obligaban a ir rapados, aunque cada tres o cuatro meses el barbero nos metía su maquinilla y apenas nos dejaban dos dedos de cabello. Claude, sin embargo, se las arreglaba de alguna manera para mantener su cráneo brillante y rapado.

Una vez hizo un comentario relacionado con ello.

—En Tapiti, un marinero irlandés estuvo a punto de arrancarme el cuero cabelludo a tirones. Ahora... nadie podría arrancarme un solo cabello —comentó, irónico.

En dos o tres ocasiones, yo había tenido la oportunidad de comprobar hasta dónde llegaba su peligrosidad. Un día, en el

bosque un presidiario llamado Goullard, recién llegado a Bressay, le dirigió una pulla relacionada con su cráneo mondo y lirondo.

La reacción de Claude no se hizo esperar. Estiró el brazo y lanzó potentemente su hacha, que se clavó en un tronco cuatro centímetros por encima de la cabeza de Goullard, que quedó blanco como la nieve.

—Vuelve a hacerte el gracioso. Goullard, y el filo de mi hacha se clavará una cuarta más abajo la próxima vez —pronunció Montaigne sin que su voz sonase alterada.

Luego, con una serenidad que me heló la mano en las venas —pues Goullard mantenía empuñada su hacha y Claude iba desarmado—, avanzó hacia el tronco que cortaba el burlón y arrancó su hacha de un tirón brusco.

Un vigilante llegó en seguida.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —inquirió, escrutando los rostros de los forzados.

Claude clavaba sus ojos azules en Goullard, cuando éste dijo:

—Nada, señor, Montaigne ha venido a echarme una mano.

El vigilante se alejó y el trabajo se reanudó. Pero Goullard se cuidó muy bien de allí en adelante de repetir sus pullas a Montaigne.

Claude jamás hablaba de sí mismo.

Fue la primera advertencia que me hizo cuando fui destinado a la celda:

—Ocúpate de tus cosas y mantén la boca callada. Si eres discreto, todo irá bien pera ti. Caso contrario...

Yo no tenía mucho que decir, la verdad. Por lo demás, me sentía hundido y desesperado y no sentía mucha curiosidad entonces hacia mis compañeros de celda.

A lo largo de los meses, fui conociendo mejor a mis compañeros de encierro.

Claude soñaba en voz alta. Bueno, hay que decir que casi todos los presos sueñan a voz en grito en los primeros tiempos de prisión. Pero en el caso de Claude, su pesadilla se repetía una noche tras otra, inalterablemente, siempre la misma.

En cuanto se dormía, comenzaba a roncar. Luego se agitaba con fuerza y la litera crujía y rechinaba.

Al cabo, mi compañero daba un brinco sobre el camastro y

gritaba:

—¡Tengo que hacerlo, Ivonne, tengo que hacerlo!

Rechinaba los dientes, su cuerpo se ponía terriblemente rígido y su rostro se crispaba como si se viera enfrentado a un peligro pavoroso.

Luego golpeaba la colchoneta varias veces con increíble violencia y yo —que me había incorporado para mirarle—, me escurría despavorido hasta raí camastro, pues Claude parecía estar asesinando a alguien a cuchilladas.

A veces, chillaba también, conmovido:

—*¡Ma fille, ma fille, ma petite fille!* —Y simulaba acunar a un bebé en sus musculosos brazos.

Un día me confió su profesión mecánico, un buen mecánico de automóviles, según aseguraba él.

Tiempo atrás, cuándo exactamente, yo no tenía idea de que poseía un taller de reparaciones en los alrededores de Lyon.

Claude tenía dos ayudantes y el negocio iba viento en popa.

Después...

—*¡Dommage!* —Solía exclamar él, sin dar más explicaciones—. ¡Todo se fue al diablo!

En el bosque, algunas veces nos enviaban abajo para cargar los troncos en los camiones de la serrería propietaria del bosque.

Era un trabajo duro y estúpido. Duro porque trabajábamos a reventar para subir a los camiones troncos que pesaban dos o tres toneladas. A veces, alguien resbalaba y un tronco le partía una pierna o le destrozaba la rodilla para siempre.

Era también un trabajo estúpido porque una grúa lo hubiera hecho a la perfección, ahorrándonos el monstruoso esfuerzo y el considerable riesgo que corríamos desempeñando esta labor.

—Lo hacen a propósito. Si uno de nosotros muere atrapado bajo un tronco, la Administración sale ganando: un pobre diablo menos a vigilar. También se ahorran una plaza en rancho y un uniforme —solían comentar los más antiguos.

Advertí que, aunque procuraba disimular, Claude tenía un enorme interés en ser designado para cargar los camiones. Todo lo contrario de lo que me ocurría a mí, que odiaba y temía aquel trabajo.

Pronto descubrí —sospeché, mejor dicho— el motivo de aquel

interés: estaba pensando en fugarse.

De reojo, Claude observaba a los vigilantes que supervisaban la carga, pero fugazmente miraba bajo el bastidor del camión, como si cavilase sobre la posibilidad de introducirse allí y pasar desapercibido cuando los camiones abandonaran el bosque camino de la serrería.

Según los comentarios escuchados, un preso lo había intentado anteriormente. Aprovechando un descuido de los vigilantes, saltó al camión y se introdujo entre dos troncos. Sus compañeros subieron otro inmediatamente y el fugitivo quedó oculto. Una vez cargado, el camión se alejó y los presos se frotaron las manos, satisfechos de que, al menos uno de ellos, consiguiera fugarse y burlar a los guardianes.

Pero aquel pobre diablo no tuvo mucha suerte: en la serrería encontraron su cadáver bajo los gruesos troncos.

¿Qué había ocurrido?

Con los traqueteos del camión a lo largo del irregular camino, los troncos se movieron y aquella enorme viga que había ocultado el presidiario resbaló y le aplastó. El fugitivo murió en el acto, al parecer.

Me preocupó el hecho de que Claude pensase intentar algo semejante aunque, a juzgar por sus disimuladas miradas, lo que él quería era introducirse bajo el camión y aferrarse al bastidor, quizá escarmentado por el recuerdo de aquel desesperado que había resultado reventado en la caja del camión.

Estuve a punto de prevenirle, de rogarle que no hiciera nada a la desesperada. La verdad era que había llegado a apreciarle sinceramente, pero también sentía perderle. Si tenía éxito, nos enviarían a otro individuo a la celda y esto siempre podría traer complicaciones.

Pero finalmente no me atreví a hablarle. A pesar de todo. Claude era demasiado desconfiado. Si llegaba a pensar que yo iba a traicionarle, a prevenir a los vigilantes, estoy seguro que no dudaría en asesinarme.

La fuga. He ahí la idea obsesiva de todos nosotros.

No hay un solo preso que no haya pensado —al menos una vez— en la fuga.

Unos pocos la intentan con éxito. Otros fracasan y son objeto de

represalias tremendas, e incluso ven aumentado el tiempo en prisión. Otros son demasiado cobardes para exponerse o sus condenas son cortas. Otros, por fin, han llegado a tal grado de indiferencia que todo les da igual y ni siquiera demuestran interés por recobrar la libertad, ese don precioso que nada vale cuando se posee, pero que tan indispensable parece en cuanto la perdemos.

Claude daba muestras de nerviosismo. Yo le observaba con disimulo, seguro de que mí compañero se disponía a intentarlo.

Al día siguiente, nombraron a nuestra cuadrilla para cargar los camiones. Escoltados por media docena de guardias armados, descendimos hacia la explanada donde se elevaban grandes pilas de troncos dispuestas para la carga.

Claude y yo comenzamos a cargar los troncos en los camiones, codo con codo. Espiaba de reojo a los guardianes y su respiración era más agitada de lo normal.

Me miró. Supe que iba a hacerlo. Se metería bajo el camión en cuanto los vigilantes se distrajesen unos segundos.

Resignado a lo que parecía irremediable, me dispuse a ayudarlo en lo posible, aunque no habíamos cambiado una sola palabra al respecto.

Un camión cargado se puso en marcha y descendió hacia el tortuoso camino.

Empezamos a cargar troncos en otro camión. En quince minutos, la carga estaba completa.

Fue en ese momento cuando escuchamos un grito:

—¡Eh, Durand!

Era uno de los vigilantes, que llamaba a gritos al único guardián que teníamos a la vista.

Claude se incorporó y atisbo a un lado y a otro. Ya se inclinaba pava introducirse entre los sólidos largueros del bastidor del camión, cuando se estremeció al oír el estrépito de una ráfaga de ametrallador.

Sonaron gritos excitados y en seguida volvió nuestro vigilante. Rabioso, nos ordenó que nos separáramos del camión. Aquel hombre estaba lívido y temblaba. Comprendí que dispararía contra nosotros si titubeábamos en obedecer.

Por fortuna, Claude se había apartado de un salto del camión en el momento que oyó los disparos, de modo que el vigilante no

advirtió nada anormal en su actitud.

Retrocedimos en grupo, empujados por el cañón del fusil ametrallador y tratamos de averiguar lo que había ocurrido.

Allá abajo, un camión se había detenido en mitad de la cuesta. Sentí la garganta repentinamente seca al descubrir un bulto humano tirado en el suelo, a pocos metros del camión.

Varios vigilantes caminaron hacia allá y volvieron arrastrando el cuerpo de un hombre, horriblemente aplastado.

Lo supimos todo en un instante: uno de los presos se había anticipado a hacer lo mismo que se había propuesto mi compañero Claude: había logrado introducirse bajo el camión poco antes de que éste arrancase.

Sólo que... al descender el vehículo la empinada, un vigilante había descubierto al fugitivo y prevenido a los demás guardianes, uno de los cuales había disparado su ametrallador para avisar al conductor del camión.

El conductor frenó tan bruscamente que el oculto polizón fue arrancado de su escondite por la inercia y cayó a tierra.

El camión todavía avanzó unos metros más, antes de inmovilizarse por completo. Los metros suficientes para que las ruedas gemelas del vehículo pasasen por encima del cuerpo de aquel desgraciado y lo aplastasen.

Me volví hacia Claude y le miré.

Mi compañero suspiró profundamente y sonrió a pesar de todo.

Pero yo sabía que no volvería a intentarlo nuevamente.

Al menos, no por aquel procedimiento.

CAPÍTULO III

En cuanto a mi otro compañero, era otra cosa.

En primer lugar, y por encima de cualquier otra consideración,
Jean-Paul

Lacoste era elegante.

Más alto que Claude y que yo,
Jean-Paul

tenía un aire digno y refinado, incluso con el burdo uniforme de
penado.

No sé cómo se las había arreglado, pero aquellas malditas
prendas que tan mal nos sentaban a los demás, a

Jean-Paul

le venían justas y elegantes, como si un sastre prestigioso se hubiera
esmerado en complacerle.

Tenía dos pares de botas. Unas para el trabajo, otras para los
domingos y festivos. Las segundas estaban negras y brillantes de
tanto cepillo y betún. Jean-Paul se cepillaba las botas todas las
noches y había conseguido arrancar al cuero vuelto un brillo
espejeante.

Tenía dos peines y unas cuantas camisas, que siempre aparecían
impecables. Cuando volvíamos a nuestra celda tras la agotadora
jornada de trabajo, lo primero que hacía era lavarse
escrupulosamente y cambiarse de camisa.

Sus enseres estaban perfectamente ordenados en una caja de
cartón que hacía las veces de maleta. Claude y yo teníamos también
cajas de cartón, pero las nuestras eran viejas y arrugadas y nuestras
cosas aparecían siempre desordenadas en su interior.

Jean-Paul,

no. El cuidaba amorosamente de una camisa tanto como de unos

calcetines o unos calzoncillos. Debía disponer de algún dinero, pues se hacía lavar y planchar la ropa fuera de la prisión. En Bressay no se permitían otras prendas de vestir que las que nos proporcionaba la Administración, a pesar de lo cual la ropa de

Jean-Paul

estaba siempre más blanca y cuidada que la nuestra, mal lavada en la lavandería de la prisión.

De alguna manera, él era diferente, pues incluso le cambiaban los vulgares botones de las camisas por otros de nácar. Se había hecho bordar sus iniciales en toda la ropa y jamás comía sin colgarse una servilleta impecable del cuello.

Era tan cuidadoso y delicado que nos exasperaba. A veces se quedaba a medio comer por no permitir que mezclasen en su único plato de aluminio una porción de potaje con una tajada de bacalao frito. Jean-Paul debía comer primero el potaje y luego, tras limpiar escrupulosamente el plato, lo que viniera después. Sólo que, para entonces, los que repartían el rancho se habían marchado y nuestro compañero se solía quedar sin segundo plato.

Era todo un espectáculo observarle cuando se preparaba para la cena. Después de acicalarse cuidadosamente al tacto —los espejos estaban prohibidos—, sacaba su caja de cartón de debajo de la litera, la cubría con un pequeño mantel y colocaba sobre la improvisada y exigua mesa el bruñado plato de aluminio y su cuchara de plástico, en cuyo mango había grabadas tres aristocráticas iniciales:

J. P. L.

Se sentaba en el borde del lecho y aguardaba a que se abriese la puerta. Firmemente erguido, aguardaba a que le sirviesen la comida. Prefería que se tratase de fiambres, pues de este modo no se veía obligado a mezclar en un mismo plato potajes y otros manjares. Volvía al lecho, depositaba el plato sobre la mesa con el pan a la izquierda. Se colocaba la servilleta al cuello y comenzaba a comer con tan correcta actitud que parecía ocupar la más distinguida mesa en

Maxim's.

Entretanto, Claude y yo sosteníamos nuestros platos en la mano y dábamos cuenta de la pitanza en pie.

Jean-Paul

era capaz de cambiar a Claude dos filetes imperiales por una pequeña naranja, pues le apasionaba la fruta y creía firmemente que comer una naranja, por ejemplo, era fa garantía de conservarse joven hasta que llegase el momento de reintegrarse a la vida normal.

Porque hay que decir que nuestro compañero parecía vivir siempre en la actitud de quien espera un hecho milagroso. Y verdaderamente necesitaba un milagro si quería ver el mundo exterior antes de arruinarse físicamente, pues ya había cumplido los cuarenta y cinco años y un Tribunal de París le había condenado a perpetuidad.

A veces, mientras comíamos, Claude me golpeaba el codo disimuladamente, mostrándome a

Jean-Paul

erguido frente a su mesa con la dignidad de un príncipe. Claude se burlaba, aunque disimuladamente, de él, pero a mí se me hacía un nudo en la garganta y me era imposible sonreír.

Por lo demás,

Jean-Paul

era un excelente camarada. Desprendido, compartía con nosotros los cartones de cigarrillos que le enviaban de alguna parte e incluso nos prestaba su jabón de tocador y su imprescindible tubo de pasta dentífrica. Lo mismo hacía con cualquier otra cosa o chuchería que llegase a sus manos.

No podíamos quejarnos: era amable, silencioso y respetuoso.

Claude, en cambio, no atendía a formalidades ni prejuicios en ciertas ocasiones. Por ejemplo, si se le movía el vientre, dentro de la celda, no dudaba en bajarse los pantalones y utilizar el mísero retrete que ocupaba un ángulo del exiguo habitáculo. Si ocurría esto,

Jean-Paul

se acostaba inmediatamente y se tapaba la cabeza con las mantas, sin volver a pronunciar una palabra hasta la mañana siguiente, cuando volvía a sonar la sirena.

En cambio,

Jean-Paul

era capaz de reventar en las mismas circunstancias, pero jamás nos hubiera ofendido haciendo sus necesidades en nuestra presencia.

Procuraba utilizar por la mañana los hediondos retretes comunitarios de la Segunda Galería, pero si el vientre le acuciaba, aguardaba pacientemente hasta que nosotros nos metíamos en la cama y nos dormíamos. Entonces abandonaba silenciosamente su camastro e iba silenciosamente al retrete, donde se cubría pudorosamente con una toalla.

Tenía algunas rarezas, ciertamente. Había temporadas que caía en profunda melancolía y entonces se le oía suspirar tenuemente e incluso declamar *sotto voce* algo que yo jamás llegué a entender.

En estos momentos, todo en su actitud dramática y magnífica hacía pensar que se trataba de un actor profesional. Y no me equivocaba yo al pensar así, pues según nos confesó más tarde, cuando nos conocimos mejor, había estudiado en la Comédie Francaise e interpretado obras de mérito en París y otras grandes ciudades.

Según pude comprobar, era hombre de educación distinguida y amplia formación cultural. Citaba frecuentemente a los clásicos y conocía de memoria la obra de Shakespeare, Moliere, Calderón de la Barca, Tirso...

A veces, yo me preguntaba qué habría hecho un hombre como Jean-Paul

para merecer cadena perpetua. Pero mi curiosidad sólo llegaba hasta ahí, pues jamás le hice ninguna pregunta en tal sentido.

El principal acuerdo para la convivencia en tan reducido espacio era la discreción. Y los tres nos ateníamos a esta norma al pie de la letra. Si alguno de nosotros sentía la tentación de hacer confidencias, era cosa suya.

Otra de las facetas caracteriológicas de Lacoste era su acendrada religiosidad. Era católico y jamás faltaba a uno de los actos religiosos que se celebraban en la capilla de la prisión. A veces, tanto en el trabajo como en nuestra celda, le veía aislarse, concentrarse en sí mismo y le oía bisbisear algo entre dientes: estaba rezando.

Era muy agradable, tanto físico como moralmente. En cuanto a su aspecto, ya he dicho que era muy alto, proporcionado, cabeza bien poblada de pelo, negro y liso y facciones regulares, típicamente galas.

Procuraba en todo momento no molestar. Puesto que Claude era

un descreído —no se le podía llamar creyente, en todo caso—.

Jean-Paul

se cuidaba bien de hacer desmesuradas demostraciones de religiosidad en su presencia. Jamás nos ofendió ni molestó, y poco a poco se ganó nuestro respeto y amistad.

Aunque pudiera parecer blando, no lo era en absoluto. Sabía enfrentarse a cualquiera con decisión y energía. En tales casos, sabía utilizar perfectamente el idioma de Moliere para hacer comprender su antagonista que jamás podría vencerle dialécticamente. Yo no vi que tuviera que recurrir jamás a la violencia.

En su caja de cartón, que era a la vez mesa y maleta, guardaba como un tesoro cierta carpeta.

Yo le vi sacarla muchas veces y comprobé que dentro guardaba papel de escribir, varios bolígrafos, algunos documentos mecanografiados y cartas que recibía muy de cuando en cuando.

Escribir era otra de sus manías.

Después de cenar y hasta que se oía la sirena ordenando silencio, sacaba su caja y lo disponía todo para escribir.

Algunas veces me preguntaba yo si estaría escribiendo sus memorias carcelarias, pero pronto descubrí que no se trataba de eso.

Lo que escribía eran cartas que comenzaban indistintamente por *Mi distinguido señor, Excelencia, Ilustrísimo magistrado* y cosas así.

Tenía una preciosa letra redondilla y escribía fácil y pulcramente, sin un solo error o falta de ortografía.

Por lo que pude entrever,

Jean-Paul

dirigía la mayor parte de su correspondencia a un abogado de París. Escribía frases como: «... esta evidente ceguera de las autoridades jurídicas» «error palmario en la investigación policial» y «... confío finalmente en que resplandecerá la verdad y sé me hará auténtica justicia».

Todo ello daba a entender que mi compañero de celda no aceptaba ni mucho menos su terrible condena a perpetuidad.

En la prisión, por lo regular, todos se burlan de los que se atreven a hacer públicamente protestas de inocencia. Los presos, en su fuero interno, piensan que, aunque una vez de cada diez mil se

comete un error judicial, en todos los casos restantes el preso se merece su condena.

Claude se burlaba a veces en estos términos:

—Os aseguro que la policía no es tonta. Nunca falla, amigos míos. Pongamos un ejemplo: si los policías penetran en una casa vacía y encuentran unas colillas, deducen infaliblemente: «Aquí ha habido alguien». ¡Ah!, pero si las colillas humean aún, deducirán sagazmente: «Hace poco que se marcharon».

Y rompía en una carcajada estruendosa.

Si

Jean-Paul

era un loco o un iluso, a nadie hacía mal con sus constantes peticiones y comunicaciones.

De todas formas, muchas de aquellas instancias a las autoridades le eran devueltas a la celda sin darles curso. Probablemente, los funcionarios de la prisión estaban hasta la coronilla de su insistencia.

Con el paso del tiempo, descubrí que alguna esperanza mantenía en pie a Lacoste. Si tenía o no razones para hacerse ilusiones, yo no lo sabía. Pero supuse que quizá estuviera gestionando a través de aquel abogado de París una revisión de su proceso.

Mucho después de que Claude tuviera la malhadada tentación de fugarse en uno de los camiones de la serrería,

Jean-Paul

empezó a mostrarse particularmente agitado.

Acababa de recibir una carta con membrete impreso al dorso, aunque no pude leerlo porque mi compañero se había apartado discretamente para leer aquella comunicación.

Lo cierto es que su expresión fue animándose a medida que avanzaba en la lectura.

A partir de ese día se mostró más alegre y comunicativo, si bien su actitud para con nosotros era siempre correcta y amistosa.

¿Había recibido alguna noticia esperanzadora?

El no hizo ningún comentario y la regla era no hacer preguntas indiscretas, de modo que sofoqué mi curiosidad, lógica por otra parte.

Todas las noches escribía una o dos cartas. Debía tratarse de escritos dirigidos a personalidades oficiales, porque no le devolvían

las cartas^[1].

A medida que transcurrían los días, era evidente su inquietud e intranquilidad. Le brillaban los ojos, se movía constantemente e incluso dormía mal.

Yo estaba seguro de que nada malo podía sobrevenirle. ¿Qué cosa peor que estar condenado a prisión de por vida?

Una noche no pudo resistirse y me confió:

—Cliff, es posible que tengas la oportunidad de felicitarme.

—¿Alguna buena noticia? —le pregunté ávidamente.

—Eso espero —respondió, excitado—. Mi abogado ha presentado el recurso ante el Tribunal Supremo. Con las pruebas e informes que yo mismo le facilité, es posible que se haga una revisión de mi caso y mi condena se reduzca sustancialmente. ¡Podría estar libre dentro de unos meses, imagínate, muchacho!

—Lo celebro de veras,

Jean-Paul.

¡Ojalá puedas rehacer tu vida! —le deseé, sinceramente conmovido.

Por un momento, su alegría se turbó. ¿Qué estaba pensando, qué idea oscurecía sus facciones ahora?

En seguida volvió a sentirse animado. Me habló de sus proyectos: volver al teatro, encargarse de la dirección de alguna obra excepcional, volver a relacionarse con actores y actrices.

Pocos días después, recibió una carta. Y en cuanto la leyó palideció.

La carta cayó de sus manos y

Jean-Paul

se tornó a partir de entonces hermético e inexpresivo.

Al parecer, todas sus esperanzas habían naufragado, aunque él no hizo el menor comentario.

CAPÍTULO IV

El trabajo en el bosque había terminado y durante tres días permanecimos en Bressay dedicados a lavar colchonetas con lejía de ceniza, a limpiar retretes y labores por el estilo.

Luego se rumoreó que iríamos a Le Rochet, una cantera situada en un paraje, árido y abrupto, a unos veinte kilómetros de distancia.

El rumor resultó cierto. A los cuatro días, los camiones nos trasladaron a Le Rochet, un endiablado lugar sólo apto para lagartos y otras sabandijas, que por cierto abundaban en aquellos vericuetos rocosos.

Era agosto y las rocas absorbían y reflejaban un calor espantoso. Aguantábamos el sol a pie firme, sin más protección de que nuestras gorras de uniforme no se nos permitía beber sino tres veces al día, con el fin de no interrumpir nuestro trabajo con continuas idas y venidas al vivac donde estaba el camión-cocina de los rancheros.

El trabajo era durísimo. Mucho más que el del bosque, pues al fin y al cabo allí podíamos guarecernos a la sombra y no es lo mismo hender el tronco de un pino con las afiladas hachas que golpear la sólida roca granítica con marras que pesaban seis kilos.

Le Rochet estaba cruzado por hendiduras, gargantas y desfiladeros angostos, erizados de peñascos en las alturas.

Debido a ellos, nos dividieron en varios grupos o tajos. Los vigilantes dominaban las alturas sin perdernos de vista, conscientes de que aquel lugar podía prestarse a un intento de fuga, bien individual o colectiva. Se intensificaron las medidas de seguridad, por tanto, lo que venía a hacer más penosa nuestra existencia.

En cuanto a mí, había conseguido en cierto modo habituarme a la cautividad. No me gustaba el rancho, me repelía, pero lo tragaba en grandes cantidades sin respirar.

Claude me lo había explicado gráficamente a mi llegada.

—Aquí, el que no consigue adaptarse, muere. Ellos —se refería a los guardianes y oíros funcionarios penitenciarios— evitarán dispararnos una ráfaga dentro de lo posible, pero no derramarán una lágrima si uno de nosotros muere. Por el contrario, un condenado a perpetua muerto es un quebradero menos de cabeza para ellos.

Y añadió:

—Si no comes, a ellos tanto les da: seguirán exigiéndote el misino esfuerzo. Ahora no nos matan a latigazos como antes.

Esperan a que la naturaleza humana siga su curso. Si trabajas sin alimentarte convenientemente, adquirirás una anemia o una tuberculosis...

—Pero entonces me enviarán a un hospital, aunque sea a un hospital penitenciario —comenté yo.

Claude sonrió con miseratativamente.

—Cierto, te enviarán a un hospital, pero sólo cuando estés desahuciado. Aguantarán hasta que tú ya no puedas con tu alma y no te importe recibir un culatazo en la cabeza o en la espalda. Entonces sí: te meterán en un furgón celular y te llevarán a Grenéges u otro lugar semejante, donde morirás al cabo de unos meses. El resultado será el mismo que si emprendes la fuga a locas, aunque, si vas al hospital, tu agonía será mil veces más dolorosa e inhumana. Conque...

Aprendí rápidamente la lección. Procuraba comer cuanto caía a mi alcance y que decir que el rancho era abundante, aunque la calidad brillase por su ausencia.

A lo largo del primer mes, perdí veinte kilos de peso, de modo que llegué a pesar menos de los cincuenta kilos. Pero cuando comprendí que empezaba la cuesta abajo, tragué mi plato de rancho con toda la voluntad del mundo.

La costumbre hace olvidar algunos prejuicios y cuando se encuentra uno derrengado y con el estómago vacío no hay lugar para delicadezas.

Poco a poco fui recuperando peso. Me costó mucho, pues quemaba cada día las calorías que me llegaban con el alimento, pero cuando se cumplían los dos años de estancia en la remota fortaleza-penitenciaría de Bressay, yo pesaba ya ochenta y dos kilos

y mis músculos eran fuertes, voluminosos y tensos.

—Cúidate bien, ponte el tabardo, evita enfriarte —me recomendaba Claude cuando llegaba el otoño—. Si pillas una bronquitis o una pulmonía, sólo te ofrecerán unas aspirinas en el botiquín, no esperes más cuidados. Esta maldita prisión es fría y húmeda en el invierno y, si no te abrigas, adiós.

Tenía razón. A lo largo del primer invierno que pasé en Bressay murieron once presidiarios, los de mayor edad y castigados por la bronquitis, la gripe y la tuberculosis.

No era muy agradable ser amortajado en una manta, introducido en un viejo y apolillado ataúd y trasladado al cementerio de Grenéges para ser sepultado en la tierra sin ceremonia ni pompa de ninguna clase.

A veces, acostado en mi camastro y despierto en mitad de la noche, llegaba a preguntarme:

—¿Bien, y para qué necesito cuidarme tanto? ¿Qué significado tiene todo esto?

Sin embargo, de una forma instintiva, observaba todas las recomendaciones de Claude, que tenía treinta años, diez de ellos tras los muros de una prisión, entre ellas Bressay, donde llevaba ya seis años.

Una de las cosas que nos permitieron en Le Rochet fue trabajar semidesnudos, es decir, en calzoncillos, con lo cual, a finales de agosto, la mayoría estábamos negros como tizones.

Le Rochet estaba lleno de grutas y galerías subterráneas excavadas por las aguas subálveas a lo largo de milenios.

Previamente a nuestra llegada, los vigilantes habían inspeccionado minuciosamente aquellas cavernas y conductos, en previsión de que nosotros tratásemos de buscar la fuga con la misma técnica que los roedores y otras sabandijas.

Debieron convencerse de que toda fuga era imposible, puesto que nos llevaron a trabajar a la recién inaugurada cantera.

También Claude demostró un súbito interés por las cuevas. En cuanto tenía la oportunidad, se apartaba del tajo e iba a explorar cualquier agujero próximo.

Por lo regular, volvía a aparecer al cabo de pocos minutos, decepcionado.

Pero la exploración de aquellas grutas y galerías debió darle

alguna idea, porque a lo largo de las siguientes jornadas le vi extraordinariamente excitado, inquieto.

No hablaba una palabra con nosotros, después de pedirle a Lacoste que le facilitara papel y un lápiz.

Cuando nos acostábamos, él permanecía largo tiempo en su camastro. ¿Qué hacía?

Simulando levantarme a orinar, le observé de reajo. Estaba anotando algo en su cuadernillo que él mismo se había fabricado y permanecía absolutamente absorto en aquella misteriosa tarea.

Como Montaigne no era precisamente un intelectual, su dedicación de las noches me intrigó apasionadamente.

Por entonces, teníamos ya suficiente confianza para hacernos determinadas preguntas. A pesar de ello, preferí no mostrarme curioso. Aparentemente, porque en realidad comencé a espiarle con disimulo.

Su distanciamiento de nosotros se mostró ostensible en los días siguientes. Se le veía siempre pensativo y concentrado. A cada momento, sacaba el cuadernillo y el lápiz y se dedicaba a hacer anotaciones.

Cuando llegó el domingo siguiente, Claude pidió permiso para ir a la biblioteca y volvió con un libro. Se fue a un rincón del patio durante el paseo matinal y se concentró en la lectura.

Su conducta se me antojaba cada vez más misteriosa, sobre todo si tenemos en cuenta que era la primera vez que Claude Montaigne pedía un libro a la biblioteca de la prisión.

Di vueltas y más vueltas alrededor de él y finalmente mi insistencia tuvo éxito. El libro se titulaba *Castillos medievales*.

Mi curiosidad subió de punto.

—¿Por qué se interesa tanto por las viejas fortalezas? —me pregunté.

La respuesta surgió rápidamente en mi cerebro.

—Se está empapando de arquitectura medieval para conocer Bressay y... fugarse.

Cuando terminó el recreo, nos condujeron a la celda. Claude se recostó en su camastro y se embebió en la tarea de tomar notas de aquel volumen.

Al domingo siguiente visitó la biblioteca. Volvió con otro libro: *Defensas y Bastiones*.

Domingo tras domingo, Claude acudía a la biblioteca. Para resumir, diré que se «tragó» materialmente una abultada bibliografía sobre el mismo tema: castillos, alcázares atalayas, fortalezas antiguas, en una palabra.

Como se había leído ya toda la literatura relacionada con el tema que le interesaba, dejó de ir a la biblioteca. Pero seguía enfrascado en sus anotaciones, dibujos y planos.

Porque era eso lo que estaba haciendo: planos y dibujos, que después hacía pedacitos y arrojaba al retrete, tras lo cual daba al agua y permanecía atado hasta que la última partícula de papel era arrastrada a las cloacas.

¡Cloacas!

—Tal vez intenté fugarse a través de las cloacas —deduje.

A partir de entonces, Claude hacía denodados esfuerzos por entrevistarse y ganarse las simpatías de los más antiguos presos de Bressay.

Dejó de fumar. Guardaba los cigarrillos que Jean-Paul

nos proporcionaba cada domingo. Luego intentaba ganarse las simpatías de los veteranos presos invitándolos a fumar.

—¿Qué se propondrá? —me preguntaba yo, obsesionado.

Comprobé que aprovechaba las mañanas de los domingos y festivos para aquellas entrevistas, cuyos resultados ponía por escrito más tarde, en la celda.

Finalmente, Claude se entrevistó en el patio general —el antiguo patio de armas de la fortaleza de Bressay— con un individuo delgado y demacrado que respondía por el nombre de Fibarrot.

Fibarrot era albañil y su trabajo consistía en el mantenimiento de las arcaicas instalaciones de Bressay. Tenía muy mal aspecto y tosía continuamente. Era evidente que aquel hombrecillo estaba tuberculoso. Como estaba condenado a perpetuidad, su porvenir no era muy halagüeño: el hospital, cuando estuviera a punto de reventar, tras lo cual moriría poco después.

Observé que Claude insistía e insistía con calor y Fibarrot movía la cabeza en sentido negativo.

Al día siguiente, Claude escribió una carta, cuya dirección no conseguí averiguar.

A final de semana le avisaron que el domingo por la mañana

tendría comunicación con un familiar. Advertí que Claude se estaba dejando crecer el pelo. Misterio.

¿Claude tenía familiares? Nunca había hablado de ellos, ni se había referido a ningún pariente.

De sorpresa en sorpresa por mi parte, Montaigne se reunió con nosotros en la celda poco después. Traía un paquete con cinco cartones de cigarrillos americanos, pero no nos invitó siquiera a fumar.

Me sorprendió su conducta, pues no le suponía un individuo agarrado ni mucho menos. Y, a juzgar por su expresión, el hermético

Jean-Paul

Lacoste debió pensar algo parecido.

A lo largo de los días siguientes, Claude dio muestras de cierta prosperidad. Le fueron llegando pañuelos, calcetines nuevos, jabón e incluso agua de colonia; ninguna de aquellas cosas nos ofreció.

Al domingo siguiente, nuestro compañero buscó a Fibarrot en el patio, vi que le entregaba disimuladamente varios paquetes de cigarrillos americanos, demasiado caros para que los desgraciados de Bressay pudiéramos fumarlos. Fibarrot aceptó el obsequio, pero siguió negando.

De allí en adelante, Claude obsequiaba constantemente al albañil de la prisión, quien poco a poco parecía mostrarse más amable con él.

Según calculé, Claude entregó ledo el tabaco recibido, a Fibarrot. Y no sólo el tabaco, sino dos frascos de colonia, toallas, calcetines...

Se aproximaba el otoño. Fibarrot cada vez tosía más y una noche tuvieron que llevado urgentemente a la enfermería, arrojando sangre por la boca.

A la mañana siguiente, antes de que sonase la sirena de diana, se abrió bruscamente la puerta de la celda y apareció un funcionario:

—¡Montaigne! —gritó tan extemporáneamente que Jean Paul dio un brinco sobre el lecho y la litera entera crujió a punto de desencuadernarse.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Claude, adormilado.

—¡Vístase y acompáñeme! —rugió el guardián.

Claude se dejó caer del camastro, se refrescó la cara en el

diminuto lavabo y abandonó la celda con la cara chorreante.

«¡*Mon Dieu!* —pensé—. ¿En qué lío se habrá metido nuestro amigo?».

Jean-Paul,

despeinado y pálido, asomó su cabeza por el borde de la litera.

—Esto no me da buena espina, Cliff —dijo, preocupado—. Probablemente le llevan a la «nevera».

CAPÍTULO V

No volvimos a verle hasta que, al atardecer, regresamos de la cantera Le Rochet.

Durante la larga y agotadora jornada, me había estado preguntando si Claude no se habría complicado tontamente en un proyecto de fuga con el asmático y tuberculoso Fibarrot.

Pero cuando desfilamos hacia las caldas de la Segunda Galería escoltados por los vigilantes armados, Claude se encontraba en nuestra «chabola», tan tranquilo y optimista cómo nunca le había visto.

Cerraron la puerta por fuera, aguardamos a que se alejaran los pasos de los guardianes y le miramos, atónito.

No pude reprimirme.

—¿Qué ocurrió, Claude? —inquirí, ávido—.

Jean-Paul

y yo temíamos que te hubieran enviado a la «nevera» por el resto de tu condena.

Sonrió.

—El que está en la «nevera» es Fibarrot. Para siempre —dijo.

Al contemplar nuestras expresiones de intenso estupor, Claude se explicó:

—Fibarrot murió esta mañana. Permaneció en agonía durante toda la noche. El médico sabía que el viejo albañil no tenía salvación, de modo que le puso un par de inyecciones calmantes y le dejó morir en paz.

—Pero tú...

—Calmaos, os lo contaré todo. Cuando se agravó de madrugada, Fibarrot pidió entrevistarse conmigo, como última voluntad. Los funcionarios de servicio quisieron complacerle, pues el viejo se

había portado bien a lo largo de muchos años. Y además les había hecho un excelente servicio, manteniendo en pie esta miserable covacha —señaló con un ademán expresivo a su alrededor—. Así que me llamaron y estuve unos minutos en compañía del moribundo. Cuando expiró, los camiones habían partido hacia Le Rochet, de modo que me trajeron a la celda, donde he pasado todo el día.

Jean-Paul

se encogió de hombros.

Pero yo sabía que aquello no era todo. Claude nos ocultaba algo, sus ojos brillaban demasiado.

Aguardé, con impaciencia.

—Ya lo sé, ya lo sé, mon ami Cliff —susurró al fin—. No creas que soy tonto: sé que has estado espiándome desde hace meses.

—Te juro que yo...

—Era lógico que te sintieras intrigado viéndome consultar tantos libros, interrogando a unos y a otros, haciéndole la pelota a Fibarrot. Bien —nos miró, triunfal—. Ha llegado el momento de confiar plenamente en vosotros. Tanto si estáis de acuerdo conmigo como si no, voy a ser claro: pienso fugarme.

Jean-Paul

le dedicó bruscamente toda su atención.

—¿He entendido bien lo que...?

—Sí, has oído perfectamente. Tengo en mis manos la posibilidad de marcharme de aquí para siempre. Y me gustaría que me acompañarais. Os lo juro: no pienso envejecer en este antro. He hecho mis cálculos: aunque siga manteniéndome entero por otros veinte años, cuando cumpla cincuenta seré un viejo tullido e inservible. Así que...

Cogí a Claude por un brazo y le arrastré hacia la litera. Nos sentamos en el borde y Lacoste nos imitó. Por una vez desde que su espíritu se viniera abajo meses atrás, Jean Paul parecía revivir.

—La idea vino a mí cuando fuimos a trabajar a Le Rochet. Aquellas galerías subterráneas me hicieron pensar en Bressay. Esto es una antigua fortaleza, ¿no?, imaginé sus poternas, sus mazmorras, quizá una vía de escape construida en la Edad Media. Al principio, yo no tenía ninguna seguridad acerca de esto, sólo era una idea. Estudié todos los libros que sobre el tema existen en la

biblioteca. Sí, muchos castillos y fortificaciones antiguas preveían una secreta vía de escape —relató—. Estudié pacientemente la arquitectura esencial de los castillos y cada vez fui afianzándome en la esperanza de que Bressay contase con un pasadizo secreto que permitiese a los antiguos castellanos abandonar subrepticamente este bastión cuando el enemigo cercase la fortaleza por largo tiempo.

—Y pensaste en Fibarrot —salté, rápido.

—No inmediatamente. Yo ni siquiera sabía que Fibarrot fuera el albañil, ¿comprendes? Me dediqué a sonsacar a los viejos, a los que llevan muchos más años que yo en esta prisión —añadió—. Algunos sí, tenían una remota idea de que Bressay debía disponer de algún túnel de emergencia, pero suponían que de ser así lo habrían cegado largo tiempo atrás para impedir las fugas. La opinión de todos ellos era que Fibarrot, como albañil, quizá tuviera mejor información...

—¡Ahora comprendo lo de los cigarrillos, los constantes regalos al pobre viejo! —exclamó Jean Paul.

—Sí. Imaginé que os ibais a sentir ofendidos por no regalaros un solo paquete, pero esperaba explicároslo todo cuando tuviera la información suficiente.

—¿Sabía algo Fibarrot? —pregunté yo, impaciente.

Ya iba a responder nuestro compañero cuando oímos el chirrido de las ruedas que producía el carrito del rancho al avanzar galena adelante.

Claude se llevó un dedo a los labios y nos impuso silencio con un ademán enérgico.

Esperamos hasta que se abrió la puerta de la celda.

Tomamos el rancho en nuestros platos. Yo no tenía ganas de comer, mordido por la inquietud, pero Claude me instó a ello con un gesto perentorio.

Puedo decir que, por primera vez, Jean Paul prescindió de su acostumbrado ritual. Es decir, tomó su plato en las manos y devoró su comida en pie, como nosotros. Ni siquiera se acordó de lavar escrupulosamente su plato, como acostumbraba.

—Sigue, ahora —pedí a Montaigne—. ¿Qué es lo que sabía Fibarrot?

—Mucho más de lo que yo esperaba —respondió Claude—.

Aunque lo negó desde el primer momento, la tensión de su rostro cuando Te planteé el asunto le denunció. Se puso nervioso como un flan.

—¿Y después? —inquirió Jean Paul, que había perdido toda su indiferencia pasada.

—Supe que le apasionaban los cigarrillos americanos. Y tracé mi plan. Cuando tuve el tabaco y empecé a abrumarle con regalos, Fibarrot claudicó. Se había informado acerca de mí y supo que yo era un tipo de fiar. Me dijo que él mismo había proyectado fugarse años atrás, pero que ahora, asmático y medio tullido, no tenía más esperanza que acabar sus días pacíficamente.

—Pero, bueno —clamé yo—. ¿Qué era lo que él sabía?

—La existencia del pasadizo —contestó Montaigne—. Como restaurador de la prisión, tenía acceso al centro de vigilancia, a las oficina de administración y a todas las demás dependencias a las que no podemos llegar nosotros. Una vez vio un plano en el despacho del administrador. Un maravilloso plano de Bressay, perfectamente detallado. Y comprendió que tenía en las manos un tesoro inapreciable. Sólo disponía de unos minutos, pero los aprovechó bien.

—¿Le dio tiempo a copiarlo?

—¿A mano? ¡Ca, imposible! Pero en una mesa había fotocopiadora! Fibarrot había permanecido muchos días en aquel despacho, cambiando el solado, y había visto como se manejaba la máquina. Desprendió el plano de la pared, lo introdujo en la fotocopiadora, sacó una única copia y lo dejó todo como estaba. Lo guardó como oro en paño, pero jamás se decidió a utilizarlo.

—Y te lo entregó a ti, finalmente —sugerí.

—No. Temía que yo pudiera fracasar y confesara quién me lo había facilitado. Ya os lo he dicho; quería terminar sus días pacíficamente. Aquí, gracias a su trabajo, tenía ciertas ventajas. Gozaba de ración de enfermería, tenía una celda seca y dotada de una mesa e incluso una pequeña estufa eléctrica y además le permitían una cierta facilidad de movimientos. Algunos de los funcionarios le regalaban un poco de vino o cerveza. Fibarrot no quería perder locamente todo lo que había ganado con tanto esfuerzo y a lo largo de años y años...

—¿Entonces?

—Sólo le arranqué una promesa: que me diría dónde está el plano en el momento en que se sintiese morir.

—¡Y cumplió su palabra! —exclamé yo, entusiasmado.

—Por eso pidió que te llevaran a su presencia —murmuró Jean-Paul, estupefacto.

—Sí, pero me siento lleno de remordimientos —se lamentó Claude—. Los cinco cartones de cigarrillos americanos le han costado la vida. El médico lo dijo. De todas formas, según afirmó también. Fibarrot no podría durar sino unos meses, así que...

Elevó los ojos al techo como pidiendo perdón a Fibarrot y permaneció así hasta que yo le zarandeeé por un brazo.

—Luego tienes ya el plano en tu poder —sugerí.

Claude negó con la cabeza.

—¿Cómo que no? —saltó Jean Paul, desacostumbradamente brusco.

—Era un viejo receloso y sensato. ¿Cómo iba a llevar algo tan comprometedor encima? Lo tuvo bien guardado en algún lugar que no mencionó, hasta que hace unos días se sintió enfermo. Entonces lo trasladó de lugar.

—¿Adónde?

—Está en la biblioteca. Dentro de un polvoriento tomo titulado *La última voluntad de Pierre Crochet* —respondió.

—Muy expresivo —comentó Lacoste.

—El domingo iré a la biblioteca y pediré ese tomo. Creo que podré apoderarme de él sin mayor dificultad. Y ahora, una pregunta: ¿estáis dispuestos a fugaros conmigo?

Nos miró alternativamente, girando su cabeza a izquierda y derecha.

La respuesta de Jean Paul no se hizo esperar:

—Por mi parte, totalmente dispuesto. Tengo algo que resolver fuera de aquí —declaró, serio—. Hasta ahora no he hablado de mí, pero ahora la ocasión exige que seamos claros. Hace años que un hombre me cargó un asesinato. Vive aún y es rico y famoso. Quiero escapar de aquí para encontrarme con él.

—Perfectamente, es una buena razón. ¿Tienes que decir algo más? —inquirió Montaigne.

Lacoste palideció.

—Bien, no pensaba extenderme, pero si vais a correr peligro conmigo, es justo que lo sepáis todo.

—Di.

—No voy a cansaros. Hace unos años, yo empezaba a destacar en el teatro. Una famosa actriz me ayudó mucho en los primeros tiempos, tanto que me sentía agradecido y me enamoré de ella. Poco después entramos en contacto con un empresario. Al principio, me pareció que este individuo parecía muy atraído por mi amante. No me gustó demasiado, pero ella me hizo ver que el empresario era un hombre rico e influyente y que no importaba coquetear un poco con él si conseguíamos a cambio la fama y el dinero...

Hizo una pausa para recuperar el aliento. Su bien modulada voz se iba tornando ronca a medida que hablaba.

—Montamos una obra en uno de los principales teatros de París. No había preocupaciones: el empresario corría con todos los gastos, parecía derramar dinero a manos llenas. La obra fue un éxito, nuestros nombres comenzaban a sonar, todo iba sobre ruedas. Al final del verano hicimos un alto para reponernos y descansar. El nos invitó a ella y a mí a un crucero en yate por el Mediterráneo. Poseía un yate fabuloso, que él mismo sabía pilotar con maestría. Nos hicimos a la mar. Mi amante se emborrachó un poco aquella noche y se retiró a descansar. Luego aquel tipo puso una mano sobre mi muslo y... Bien, no era mi amante quien le interesaba, sino yo...

Calló ahora. La pausa se hizo más larga. Su voz vibraba. La tez de

Jean-Paul

estaba palidísima.

—Le abofeteé, asqueado, y le pedí que nos llevase a tierra. Pero él fingió estar arrepentido y dijo que debíamos beber y olvidar el incidente. Me emborrachó. Cuando volví en mí, hedía literalmente a *whisky* y me sentía mareado, inestable sobre mis piernas. Salí de mi camarote y fui al de Regine. Estaba muerta. La habían degollado y su litera aparecía materialmente empapada de sangre.

Jean-Paul

buscó al empresario, pero su camarote estaba vacío.

—Ignoro cómo logró marcharse, pues el bote neumático estaba en cubierta. Pero el asesino no estaba a bordo —añadió nuestro camarada.

—¿Qué sucedió?

Jean-Paul

se pasó ambas manos por los ojos.

—Cometí un tremendo error: llevado por la desesperación, me abracé a Regine, loco de miedo y de dolor. Sin que me apercibiera de ello, una lancha torpedera acababa de abordar el yate. Unos hombres penetraron en el camarote y me sorprendieron abrazado al cadáver.

—¿Quiénes eran? —pregunté yo.

—Policías. Me esposaron, pese a mis protestas, y me sacaron de allí a empujones. Al subir a cubierta, vi a Maurice Soler, el empresario. Me arrojé sobre él locamente, pero no me dejaron tocarle...

Según Jean Paul, la trampa estaba urdida perfectamente.

—Los de la policía traían a dos buceadores, que se arrojaron al mar. Habían registrado previamente todo el barco, en busca del arma utilizada para degollar a Regine, y no la encontraron. Las aguas eran poco profundas e imaginaron que yo había arrojado el cuchillo al mar. Y en efecto, los submarinistas volvieron poco después a la superficie llevando un cuchillo, un enorme y bien afilado cuchillo de cocina. ¡Y mis huellas estaban todavía impresas en su mango, aunque parezca imposible!

Lacoste se mesó los bien peinados cabellos.

—De nada me valieron mis protestas —siguió, desfallecido—. Me llevaron a la torpedera y me trasladaron a Marsella, donde ingresé en prisión.

Durante los interrogatorios, Jean Paul repitió incansablemente sus protestas de inocencia. Pero el juez no le dio el menor crédito.

—«El señor Soler es un hombre respetable, a salvo de cualquier sospecha. En cambio usted, Lacoste, tiene fama de hombre irascible y violento», adujo el juez.

Encerrado durante largos meses, incomunicado la mayor parte del tiempo, Jean Paul compareció a juicio, finalmente.

—Apenas atendieron a mis declaraciones, pero oyeron con sumo interés lo que dijo Maurice Soler. Me describió ante los magistrados como un mediano actor, pero como un detestable individuo socialmente. Declaró que siempre le había parecido yo un ser mezquino, introvertido y vengativo. Dijo también que Regine se

había ido inclinando hacia él y que fueron los celos lo que me impulsó a asesinarla, cosa que también intenté con él.

Maurice Soler relató cómo había invitado a Regine y a Jean Paul a unos días de recreo en el Mediterráneo.

—«Confieso que la presencia de Lacoste me resultaba desagradable, pero yo estaba perdidamente enamorado de Regine y por ella estaba dispuesto a soportar a este hombre —añadió el empresario teatral—. Hasta que estuvimos en alta mar, Lacoste disimuló. Luego nos hizo una terrible escena de celos. De improviso, me golpeó y me arrojó al mar, donde hubiera perecido ahogado de no haber sido diestro en la natación y darse la casualidad de que una hora después me recogió un mercante en ruta a Marsella».

Jean-Paul

gritó su inocencia. Acusó de fabulador y homosexual a Soler y también del feroz asesinato de la actriz.

—Pero todo estaba en contra mía —relató tristemente nuestro camarada—. Estaba aquel cuchillo con mis huellas. Y también había huellas a docenas en el camarote de Regine. En cambio, la policía no pudo hallar una sola de Soler, excepto en las restantes dependencias del yate. Por otra parte, yo era casi desconocido, y él tenía fama y prestigio, aunque se tratase del ser más abyecto y miserable que haya conocido.

Cuando el tribunal pronunció la sentencia, Maurice Soler sonreía.

—Me miraba con insistencia y cinismo. Era como si me dijera con la mirada: «Te pudrirás en la cárcel por no haber atendido mis requerimientos» —añadió

Jean-Paul.

De repente alzó la cabeza con energía y miró a Claude.

—Si, estoy dispuesto a lo que sea con tal de vengarme. Os ayudaré a escapar de aquí. Y cuando antes, mejor.

CAPÍTULO VI

A la mañana siguiente, en Le Rochet, Claude y yo tuvimos la oportunidad de hablar un momento a solas.

—Creo que Jean Paul desvaría —murmuró Claude sin mover los labios.

—No te comprendo.

—Ha perdido el juicio, eso es todo. Evidentemente, él mató a esa mujer, Regine. Y ahora huye de la realidad, creando todo ese montaje contra Soler. Convéncete, Cliff: he oído hablar de Maurice Soler. Se trata de uno de los más importantes empresarios teatrales de Francia. Mantiene relaciones con destacadas personalidades del Arte, las finanzas y la política. Según tengo entendido, es un filántropo, un caballero admirado por todos. De modo que...

Asentí tristemente.

Aunque me doliese, yo también sospechaba que la inocencia de Jean Paul sólo era una ilusión creada por su mente desvariada.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté a Claude.

—En el fondo, a mí me tiene sin cuidado que Lacoste sea una hermanita de la caridad o el peor de los criminales. Con nosotros ha sido un leal compañero. Si sigue insistiendo en fugarse, vendrá con nosotros.

Se secó el sudor de la frente con un pañuelo ya empapado y me miró fijamente.

—Y tú, ¿qué has decidido? Anoche parecías indeciso —dijo.
Me mordí los labios.

—Me fugaré con vosotros —decidí—. No aguanto más la prisión.

—¡Bravo! —aprobo Montaigne.

Pero un vigilante nos lanzó un grito y volvimos a nuestro trabajo. No volvimos a hablar hasta la noche, después de tomar el

rancho de la cena.

Era jueves. Faltaban, por tanto, sólo tres días para que llegase el domingo y Claude fuera a la biblioteca y obtuviera aquel maravilloso libro titulado *La última voluntad de Pierre Crochet*.

Jean-Paul

parecía otro hombre. Se le veía distinto, mucho más animado y vivaz.

Cambiamos algunos comentarios. Luego, refiriéndose a la fuga en proyecto, Claude dijo:

—Necesitaríamos algún dinero. Para adquirir ropas, en cuanto estemos fuera. Y un automóvil.

Lacoste le aferró por un brazo. Parecía muy nervioso.

—Yo puedo aportar algo. Quizá unos diez mil francos —declaró.

Le miramos asombrados.

—¿De dónde vas a sacar el dinero? —inquirimos al unísono Claude y yo.

Jean-Paul

adoptó un aire misterioso.

—Tengo una amiguita. Sé que tiene algunos ahorros y que se prestaría a facilitarnos el dinero si yo se lo pidiera.

—¿Es persona de confianza? —dijo Claude, desconfiado.

Nuestro amigo se irguió dignamente.

—De absoluta confianza. Está enamorada de mi desde hace muchos años. Se llama Marcelle Reignot. Es... Bien, para qué engañaros. Es una prostituta de París. Todavía tiene un aspecto lozano y atractivo y sabe ganar dinero. Hace muchos años, Marcelle tenía las mismas ilusiones que yo: convertirse en una famosa actriz. Actuó en la escena, con papeles secundarios, pero no triunfó y tuvo que ganarse la vida de la forma que ya sabéis —nos confió.

¿Era una nueva fábula o decía la verdad?

De todas formas, lo que nos importaba a nosotros era el dinero.

—Escribiré a Marcelle —decidió Jean Paul—. Ella y yo tenemos una especie de lenguaje secreto para transmitirnos lo que sea sin que los demás sepan descifrar nuestros mensajes. Le pediré el dinero. Ella lo tendrá dispuesto, estoy seguro.

Claude vaciló.

—Ten cuidado —dijo—. La menor indiscreción podría arruinar nuestro proyecto. Y aún estamos encerrados.

—Estad tranquilos. Marcelle es discreta. Y, como os he dicho, ella sigue enamorada de mí. No ha dejado de mantener correspondencia conmigo en todo el tiempo que llevo preso. ¿No lo comprendéis? Es Marcelle la que me atiende, la que me envía regalos constantemente e incluso dinero. Ella misma se ofreció a entregarme todo lo que ha podido ahorrar a lo largo de años —afirmó Jean Paul.

Claude no parecía muy convencido.

—¡Las mujeres! —exclamó con amargura—. La mayoría son traidoras y rastreras como serpientes. Si yo os contara...

—Cuenta —le animé, pues intuía que en aquel momento Claude se sentía inclinado a la confidencia.

Suspiró profundamente y se rascó el hirsuto pelo rubio, que ya le había crecido un par de dedos.

—En realidad, si quiero salir de aquí, sólo me anima un motivo: matar a una mujer —confesó.

Y comenzó a relatar sus desventuras.

* * *

Las cosas no le habían ido demasiado mal a Claude Montaigne cuando volvió de África. Tras cuatro años de azarosa vida en la milicia, Claude ansiaba un poco de seguridad y de... dinero.

Había ahorrado sus pagas del último año y pensaba explotar su habilidad para todo lo relacionado con los automóviles.

Alquiló, pues, un local comercial en los alrededores de Lyon, adquirió la herramienta y maquinaria imprescindibles y abrió su taller de reparaciones.

Había mucha competencia en aquel ramo, pero Montaigne empezó a destacarse cuando sus automóviles trucados comenzaron a competir en pruebas de *rayllies ferores*.

Un año después, era conocido en Lyon y su área de influencia y había contratado a dos jóvenes mecánicos como ayudantes.

Se había construido un hotelito en Chemin de Fer, ganaba bastante dinero y tenía en proyecto ampliar las instalaciones de su taller.

Todo fue bien hasta que conoció a las hermanas Lesellier. Jeanne e Ivonne regentaban un pequeño bar situado a escasa

distancia del taller Montaigne. No se trataba de un negocio de importancia, aunque las insinuantes hermanas Lesellier habían conseguido atraer a una numerosa clientela, creando un ambiente picaresco y animado.

Eran dos guapas muchachas, ciertamente. Morenas, de facciones latinas y expresivas, admirables proporciones físicas y dotadas de picardía suficiente para encandilar al más tibio de los mortales.

Claude se aficionó a frecuentar *Chez Lesellier* y rara era la tarde que no iba allí a tomar unas copas. Al principio, no se permitió la menor confianza con Jeanne o Ivonne, pues se había propuesto no entregarse a devaneos amorosos hasta asegurar el futuro de su negocio.

Sin embargo, en ocasiones, algunos de sus clientes le invitaban a tomar unas copas y el lugar más próximo era *Chez Lesellier*.

Fue Jeanne, la mayor de las dos bellas hermanas, la que hizo una noche aquel comentario:

—Tendremos que compartir con usted nuestros beneficios, Claude —dijo, sonriendo con simpatía.

Como Montaigne enarcase una ceja, desconcertado, Jeanne añadió:

—Le estamos muy agradecidas, ¿sabe? Desde que instaló su taller, nuestro negocio va en aumento. Además, usted siempre trae aquí a sus clientes y eso bien merece una recompensa.

—¿Qué tipo de recompensa? —preguntó Claude, audaz.

Jeanne le arrojó en una mirada acariciadora.

—Por el momento, podría quedarse esta noche a cenar. Estaremos solos, en cuanto cerremos. Sólo usted, Ivonne y yo. ¿Qué le parece?

—Encantado. Hace semanas que no disfruto de una cena *faut comm'il*

—aceptó Claude.

Jeanne se las arregló aquella noche para despedir a sus tenaces clientes mucho antes de la hora acostumbrada.

La cena fue deliciosa y animada. Agasajado por las dos atractivas hermanas, Claude bebió más de la cuenta. Aunque no tanto como para no percibir que ambas mujeres se lo disputaban con miradas insinuantes y plenas de coquetería.

Tras la larga sobremesa, Ivonne anunció que tenía que

ausentarse. Al parecer, debía cuidar durante la noche a unos sobrinos, cuyos padres estaban de vacaciones por el Midi.

Claude se sintió un tanto violento en cuanto Jeanne y él quedaron solos. La mujer se había sentado junto a él en un mullido diván y sus cuerpos se rozaban como al azar. Ella había cruzado sus piernas y los ojos de Claude no podían apartarse de aquel par de muslos tentadores.

—Jeanne, creo que... —murmuró Claude con torpeza.

Pero ella le echó los brazos al cuello y le ofreció los labios.

Hicieron el amor frenéticamente allí mismo. Más tarde, Jeanne le ayudó a ponerse en pie y le arrastró hasta el dormitorio y le desnudó mimosamente.

Claude se quedó inmediatamente dormido, pero ella le despertó con candas turbadoras, que encendieron de nuevo el deseo en el hombre.

Claude ni siquiera recordaba al día siguiente cuántas veces se le había entregado ni cuantas otras la había saciado él. En cualquier caso, fue una noche intensa y frenética, a lo largo de la cual apenas pudo descansar.

Al día siguiente, muy temprano, abandonó el domicilio de las hermanas Lesellier y se dirigió al taller, como sonámbulo.

Su vanidad masculina estaba satisfecha. Una maravillosa mujer se le había entregado rendidamente sin pedir nada a cambio.

Al terminar la jornada. Claude volvió a *Chez Lesellier*. En cuanto le vio, Jeanne abandonó al cliente que atendía y vino hacia él.

—¿Complacido, *mon amour*? —susurró, insinuante.

—Rendidamente —respondió él, volviendo a sentir el aguijón del deseo cuando Jeanne se inclinó sobre la barra y le mostró los redondos y prietos senos.

—Ivonne volverá esta noche a casa de nuestros sobrinos —anunció ella, como al azar—. Acércate por aquí hacia las once. Si la puerta está cerrada, Sólo tienes que empujarla. Te estaré esperando.

De esta forma, Claude Montaigne se vio inmerso en un turbión de pasiones desordenadas. Noche tras noche acudía a *Chez Lesellier* y se acostaba con Jeanne, la cual parecía incansable en cuanto al amor físico.

Un mes después, Claude estaba harto. No se trataba de impotencia o algo semejante. Jeanne le repugnaba. Era una

ninfomaniaca, una hetaira incansable, absorbente, dominada por los ardores carnales.

Según pudo comprobar poco después, Jeanne había tenido relaciones íntimas con todos sus clientes. Es más: supo que a mediodía, ella cerraba su negocio y recibía determinadas visitas.

Claude fue alejándose de Chez Lesellier. Finalmente, Jeanne fue a verle al taller y le planteó crudamente la cuestión.

—Te has cansado de mí, ¿no es eso?

Claude se expresó lo más delicadamente que pudo. Se excusó con palabras corteses y al final le hizo una confesión sorprendente:

—He llegado a la conclusión de que estoy enamorado de Ivonne. Jeanne se echó a reír desconsideradamente.

—¡Chamante! —exclamó—. Yo te distraigo en la cama y ella conquista tu corazón.

—Lo siento. Te estoy muy agradecido, pero...

Jeanne, se marchó poco después, violentamente. Apenas podía disimular su rabia y su despecho.

En cuanto a Claude, quedó pensativo. Lo que había confesado a Jeanne era enteramente verdad: Ivonne, más discreta y dulce que su hermana, le había causado una profunda impresión.

Tras la ruptura con Jeanne, Claude se vio varias veces con Ivonne. Ella jamás se le insinuó y, por paradoja, esta actitud enardeció a Montaigne, que se la llevó una noche a cenar a su casa, de Chemin de Fer. Tomaron unas copas y luego, sin poder contenerse, le confesó que la amaba e hicieron el amor con frenesí.

Se casaron pocos días después, cuando Jeanne arrojó a su hermana de la casa y el negocio. Claude no deseaba que las cosas fueran tan precipitadas, pero Ivonne no tenía adonde ir, de modo que vivieron juntos a partir de aquella fecha y poco después contrajeron matrimonio.

Por desgracia, Claude descubrió poco después que Ivonne era aún peor que Jeanne. No sólo era eróticamente insaciable, sino que además gastaba el dinero a manos llenas, sin la menor contención.

Estaba a punto de dejarla cuando Ivonne le confesó que estaba embarazada. A pesar de que el amor había dejado de existir, Claude se avino a que continuaran juntos, ilusionado con el nacimiento del niño.

No fue un varón, sino una hembra. Una rubita, preciosa, a la que

pusieron de nombre Mireille, que se ganó el corazón del mecánico desde el primer momento.

La conducta de Ivonne, tras el parto iba de mal en peor. Algunas noches faltaba al domicilio conyugal o regresaba borracha a altas horas de la madrugada. Claude tenía que atender a la niña personalmente, pues Ivonne parecía haberse desentendido de toda obligación maternal.

Claude no podía guardar ninguna cantidad de dinero en su propia casa pues su esposa, que había comenzado a aficionarse a las drogas, se apoderaba de cualquier cantidad que encontrase.

Montaigne se sentía desesperado, pero lo soportaba todo por la niña.

Luego, Ivonne, embrutecida por completo, comenzó a maltratar a Mireille en ausencia de su padre. Claude, aterrado, había descubierto moraduras en las piernas, en las nalgas e incluso en el rostro de la niña.

Tuvieron una escena terrible, cierta noche. Ivonne, presa de un ataque de nervios, chillaba y chillaba. Cuando Claude trató de evitar el escándalo y la sujetó, ella huyó a la calle gritando que su marido quería matarla.

Y verdaderamente la tentación pasó más de una vez por el cerebro de Montaigne, pues Ivonne había conseguido convertir su vida en un infierno.

Pero se aguantaba sistemáticamente. Todo lo hacía por su hijita, a la que adoraba y quería proteger por encima de todas las cosas.

Una noche llegó a casa más tarde de lo normal. Se había distraído charlando con un vecino, al que pensaba comprar su casa para ampliar el taller.

La puerta del hotelito estaba abierta y la luz encendida, pero no se oía ningún rumor dentro.

Claude se preocupó. Mireille padecía varicela y tenía fiebre cuando él abandonó la casa horas antes. Había encargado a Ivonne encarecidamente que llamase al médico y no se separase de la niña. Incluso le ofreció cien francos para congraciarse con ella.

Ivonne estaba en la cama, empapada en alcohol. Roncaba pensadamente y no despertó cuando Claude la zarandeó con vigor.

En la cuna, estaba Mireille, completamente inmóvil, fría.

Loco de dolor, Claude cogió a la niña en brazos, la examinó y

vio el gran hematoma sobre su frente.

Cuando se convenció de que Mireille estaba muerta, Claude estalló en un paroxismo de gritos, de sollozos y alaridos.

—¡Maldita seas, Ivonne! ¡Maldita mil veces, asesina! —gritaba desesperadamente.

Asió a su esposa por los cabellos y la arrastró al cuarto de baño, donde vestida y todo la puso bajo la ducha de agua fría.

—¡Confiesa, confiesa! —la instaba Claude, fuera de sí—. ¿Por qué mataste a la niña?

Con la mirada extraviada, tambaleante y chorreando agua de sus cabellos, Ivonne balbució:

—No hacía más... que llorar. La mandé callarse, pues me... me dolía la cabeza. Pero ella seguía gritando... La golpeé con la botella y... calló.

Claude retrocedió, despavorido.

—¿Has sido... has sido capaz de hacer tal cosa? —murmuró, espeluznado y tembloroso.

—No temas... He llamado por teléfono a Jeanne y se lo he dicho todo... Ella vendrá para acá y se hará cargo de... la situación —fueron las increíbles, insensatas palabras que brotaron de los labios de Ivonne.

Claude, enloquecido, se lanzó sobre ella, ansioso por estrangularla, pero Ivonne resbaló sobre el piso de la bañera, perdió el equilibrio y cayó de espaldas.

Quedó absolutamente inmóvil, mientras el chorro de la ducha seguía cayendo sobre su cuerpo vestido.

Atónito, Claude se inclinó sobre ella y la incorporó de un zarpazo. Vio el cuello de Ivonne, colgando lateralmente en extraña torsión y comprendió que su esposa estaba muerta.

Destrozado por la doble tragedia, Claude se alejó tambaleante hasta la cocina, buscó una botella de coñac y bebió hasta embrutecerse.

Después, caminó por el pasillo asegurándose en la partid y penetrar en la alcoba. Cogió el cuerpecito de Mireille, la acunó amorosamente y se acostó con ella en el ancho lecho conyugal.

Canturreaba entre dientes a su hijita muerta, cuando una hora después llegó la policía a la que había avisado Jeanne, que fue la primera en descubrir el cadáver de Ivonne que notaba en la bañera,

llena a rebosar.

Luego, acompañada por los policías, descubrió a Claude, completamente borracho, que cobijaba entre sus brazos a su hijita muerta.

—¡Qué horror! ¡Las ha matado a las dos...! —chilló Jeanne como una histérica.

Los policías tuvieron que bregar duro con Montaigne para arrebatarse el cadáver de la niña.

Reducido a golpes, le arrastraron hasta un automóvil y le llevaron a comisaría.

—Está claro que mi cuñado asesinó a mi hermana y a mi pobre sobrina. ¿No se lo anticipé? Ivonne me llamó hace horas y declaró que Claude, borracho, había dado un golpe con la botella a Mireille... ¡pobre sobrinita mía! —declaró Jeanne Lesellier.

CAPÍTULO VII

Claude había pedido permiso para ir a la biblioteca y Jean Paul y yo le esperábamos con impaciencia, paseando por el patio general.

—¿Sabes una cosa? —exclamó de improviso Jean Paul, aprovechando que el vigilante se alejaba—. Estimo a Montaigne, pero creo que anoche no nos dijo toda la verdad.

—¿A qué te refieres? —susurré.

—Vamos, Cliff, muchacho. Conoces a Claude tan bien como yo. Es un individuo brusco, de reacciones imprevisibles. ¿Te acuerdas cuando lanzó el hacha contra Goullard? Creo que realmente quería asesinar a aquel tipo. Lo que ocurrió es que falló y supo disimular con gran sangre fría.

—¿Tú crees?

—Es culpable, pero se aferra a la esperanza de que le creamos al pie de la letra. Posiblemente su historia sea muy parecida a la que ha contado aunque estoy seguro de que Claude la ha adornado a su manera. Además, los policías y los jueces son expertos. Si fuera inocente no le habrían condenado a cadena perpetua —insistió.

Me detuve y le miré.

—Es curioso —observé—. Tú también mantienes tu inocencia, y cargaste con la misma condena que él.

Jean Paul enrojeció. Pero reaccionó instantáneamente.

—¿Cómo puedes comparar? —protestó—. ¡Mi caso es diferente...!

Callamos porque volvía el vigilante.

Yo me sentía completamente desorientado. ¿Mentía Jean-Paul, mentía Claude, desvirtuaban la verdad ambos?

Un rato después, vimos aparecer a Claude.

El corazón me latió fuerte en el pecho al ver el libro que llevaba en la mano. Era un viejo tomo encuadernado en piel de carnero curtida, bastante ajado.

Previne a
Jean-Paul

e intenté acercarme a Claude, pero él me rehuyó sistemáticamente. Cuando terminó el paseo, formamos en hileras y volvimos a la celda.

—No perdáis los nervios —advirtió Claude, severo, cuando cerrada la puerta, oímos alejarse los pasos de ordenanzas y guardianes—. Es preciso ser cautos hasta en el menor movimiento.

Asentimos vivamente, pero en seguida nos abalanzamos sobre él, ansiosos por saber.

—¿Lo cogiste? —pregunté, impaciente.

—Lo único que puedo decir es que no está entre las hojas del libro —respondió Montaigne.

Su declaración fue como un jarro de agua fría sobre nuestras cabezas... y corría el mes de noviembre.

Pero Claude se mostraba confiado y sereno.

Abrió el viejo tomo y lo hojeó atentamente. Entre las páginas no había nada.

—¡Te engañó, el viejo Fibarrot te engañó! —exclamó—. El plano no está aquí.

Claude palpaba diestramente las pastas del libro.

—Calma. Si Fibarrot me llamó a su lecho de muerte y aseguró que el plano estaba aquí, debe ser cierto. ¿Os imagináis que un moribundo iba a mentir? —razonó.

La contraportada era un poco más gruesa que la portada. Llevado de mi impaciencia, yo quería despegar la guarda de amarillento pergamino por la fuerza bruta.

—¡Quieto! —bramó Claude, malhumorado—. Hay otros medios.

Sacó un pañuelo limpio, lo humedeció en el grifo y lo aplicó cuidadosamente sobre la guarda hasta que el papel pudo desprenderse lentamente, sin rasgarse.

Debajo no había otra cosa que el cartón, según pude comprobar, absolutamente decepcionado.

Pero Claude no se preocupó lo más mínimo. Con movimientos expertos, a pesar de que sus dedos eran muy gruesos y toscos, fue

despegando la piel del borde. Introdujo el dedo índice entre la piel y el cartón y sacó un papel perfectamente plegado varias veces.

Contuvimos la respiración, emocionados.

Luego Claude corrió a la puerta, aplicó el oído, escuchó atentamente los rumores exteriores y, convencido finalmente de que no estaban espiándoles a través de la mirilla, desplegó el papel cuidadosamente y Jean Paul y yo miramos por encima de sus hombros.

Era la fotocopia de un plano minuciosamente detallado de la prisión-fortaleza de Bressay. La hoja de papel medía cuarenta por cuarenta centímetros.

—Perfecto —susurró Claude, extasiado.

Se volvió a nosotros, nos miró y dijo:

—El viejo Fibarrot cumplió su promesa al pie de la letra, he aquí el documento que nos permitirá largarnos.

—¡Déjeme echarle un vistazo! —solicitó Jean Paul.

Pero Claude tornó a plegar el plano y se lo guardó cuidadosamente en el pecho.

—Después —dijo—. Ahora hemos de arreglárnoslas para dejar *La última voluntad de Pierre Crochet* tal como estaba. ¿Tienes pegamento, Jean Paul?

Lacoste asintió.

—De todas formas, será imposible pegar la guarda de pergamino si no lo secamos antes —advirtió Claude.

—Pero ¿cómo? —se asombró Lacoste.

—¡Soplando! —sugerí yo, irónico.

Claude se me quedó mirando fijamente.

—Tienes razón, así lo haremos. Yo había pensado utilizar cerillas, pero el humo podría ennegrecer el papel o chamuscarlo. Empieza tú mismo, Cliff —indicó.

Empecé a soplar con todas mis fuerzas sobre el despegado y húmedo papel. Me sentía ridículo haciendo aquello, pero no me detuve hasta que empecé a sentirme mareado y Lacoste me relevó.

Luego llegó la comida y hubimos de posponer tan extraña operación hasta más tarde.

Mucho antes de las cinco de la tarde, hora en que un ordenanza pasaba a recoger los libros celda por celda, nosotros habíamos restaurado ya perfectamente *La última voluntad de Pierre Crochet*.

Yo mismo me había encargado de pegar cuidadosamente los bordes de la piel y encima el pergamino de la guarda de forma que nadie notaría que el libro había sido manipulado fraudulentamente unas horas antes.

Cuando pasó el ordenanza y se llevó el volumen, yo no pude evitar una exclamación de regocijo:

—¡Espero que la última voluntad sea beneficiosa para nosotros!

Y todos reímos nerviosamente.

Claude sacó el plano, lo extendió sobre mi cama y lo examinamos ávidamente.

A los pocos segundos, señalé un extremo de la Segunda Galería.

—¡Mirad, aquí! ¡Eso parece una escalera de caracol que desciende! —exclamé.

—Es una poterna —comentó Claude, que se había convertido en un erudito en tales cuestiones.

Según sospechamos, las distintas plantas de la prisión-fortaleza de Bressay estaban indicadas con trazos de diferente color en el plano original. Por desgracia, los trazos de la fotocopia eran monocolors, aunque de distinto grosor y perfil.

Estudiamos el plano con toda atención. De cuando en cuando, uno de nosotros hacía una observación relacionada con la interpretación del boceto a escala.

Advertimos que varias estancias subterráneas eran utilizadas como almacenes, pero debían estar aisladas del resto de las dependencias inferiores, porque no había ninguna señal que pudiera interpretarse como un acceso.

Visto esto, volvimos nuestra atención hacia la escalera circular que yo había señalado al principio.

—Está bajo el pavimento, justamente al final y a la derecha de esta galería. ¿Cuál es la última celda en ese extremo? —preguntó Claude.

La Segunda Galería tenía cien celdas, en dos hileras situadas frente a frente.

—La 55 —respondí rápidamente.

Y antes de que Claude se me adelantara, añadí:

—Lo que quiere decir que tendremos que trasladarnos a esa celda, la 55, si queremos hacer algo positivo. Por fortuna, está vacía.

—¿Estás seguro?

—Sí —respondí—. Mi último arresto consistió en fregar el pavimento de la galería. La 55 estaba vacía la semana pasada.

Claude cavilaba arduamente. Jean-Paul miraba fijamente el plano, sin pestañear.

—Es una buena idea, Cliff. Pero ¿cómo conseguiremos que nos envíen allá? —reflexionó Montaigne.

Nos devanamos los sesos buscando una solución. Y estuve a punto de gritar cuando la idea estalló en mi cerebro.

—¿Ya lo tengo? Convenceremos a *monsieur* Joinville de que nuestra celda es inhabitable. Como la única libre es la 55, nos llevarán allí —expliqué.

Claude bufó.

—¿Convencer a Joinville? Es una mala bestia, un tipo sin sentimientos —gruñó—. Jamás le convenceríamos.

—Eso depende —insistí—. Pongamos que empezamos a toser desafortadamente, que nos quejamos de humedad y de frío, que pedimos que el médico de la prisión nos reconozca. Podemos fingir muy bien que estamos a punto de pillar una pulmonía. Toseremos, nos quejaremos de los huesos, de la garganta, de...

—¡Pero si nuestra celda está muy bien! No tiene una sola mancha de humedad —clamó Jean-Paul.

Mis ojos debieron brillar más de la cuenta.

—Nosotros pondremos toda la humedad necesaria —dije—. Nada más fácil.

Claude comprendió mi idea y aprobó el plan. Esa misma noche, después de la cena, comenzamos a regar sistemáticamente las paredes de la celda. No echábamos mucha agua, la suficiente para que el yeso y la cal fueran tomando considerable humedad.

A la mañana siguiente,

Jean-Paul

comenzó a toser tan desafortadamente que el vigilante Joinville le llamó al orden con brusquedad. Pero todavía no había llegado el momento de extremar nuestras pantomimas.

A la noche, volvimos a regar las paredes y yo también comencé a toser insistentemente.

Sin embargo, la tos más bronca y digna de crédito era con

mucho la de Claude. Era una tos profunda, perruna y tan sonora que su eco se escuchaba en toda la galería.

Naturalmente, nos exponíamos en verdad a pillar reúma o una pulmonía. Pero nuestra esperanza era que nos cambiasen de celda en pocos días.

El tercer día la pared empezó a empollarse de tal forma que en la parte baja el yeso y la cal comenzaron a convertirse en polvillo blanquecino.

Entretanto, seguíamos interpretando nuestros papeles a las mil maravillas. Lacoste caminaba con la espalda encorvada y cojeaba, Claude tosía y se frotaba furiosamente la nariz hasta enrojecerla y yo fingía a las mil maravillas un jadeo bronquítico.

—¿Qué diablos os pasa? —Gruñó *monsieur* Joinville esa misma mañana, cuando esperábamos formados a que los vigilantes armados vinieran a por nosotros.

—¡Es esa maldita celda! —Gruñó Claude, señalando la nuestra—. Sus paredes chorrean humedad. Moriremos como perros ahí dentro.

Joinville no hizo ningún comentario, pero cuando desfilábamos fuera de la galería hacia el patio donde nos esperaban los camiones, me volví un instante y vi que el guardián penetraba en nuestra celda.

Durante el día, tosimos, nos sofocamos, carraspeamos y trabajamos como inválidos en el tajo.

No hacía falta tanto, pues todo resultó más y rápido de lo que nos imaginábamos.

Esa tarde, cuando llegábamos a la galería, Lacoste alzó una mano, señal de que quería hablar con el guardián.

—¿Qué tripa se te ha roto, Lacoste? —Gruñó Joinville.

—No puedo mantenerme en pie, *monsieur* —respondió nuestro amigo, lagrimeando y encorvado como un tullido—. Le ruego que tome nota para reconocimiento médico. Creo que he pillado una artritis en esa condenada celda.

—¡Nada de médicos! —respondió Joinville—. Os he preparado otra *suite*. Venid conmigo los tres.

Le seguimos hasta nuestra húmeda celda. Joinville nos ordenó que cargásemos con las colchonetas y nuestros pobres enseres.

Yo no me sentía muy tranquilo. Si se había producido alguna

baja durante las últimas jornadas, era muy posible que nos enviasen a otra celda, pero no a la 55. Y entonces, todo nuestro esfuerzo había sido inútil.

Pero la suerte estaba con nosotros, por fin. Minutos después, descargábamos nuestra impedimenta sobre las literas de la celda 55.

—Muchas gracias, *monsieur* —murmuró

Jean-Paul

con un falso jadeo—. Pero de todas formas, el médico...

—¡A callar! —rugió Joinville—. El doctor Tizard no va a perder el tiempo con vosotros.

Y cerró de un portazo. Sin embargo, más tarde, llegó un ordenanza y nos entregó unos comprimidos analgésicos.

Cuando estuvimos solos, nos miramos entre nosotros, excitados.

—¡Ya estamos más cerca! —susurré.

Claude se tendió en el suelo, pegó el oído a las cuadradas y anchas baldosas grises y golpeó con su puño. Sus facciones se animaron.

—¡El eco retumba allá abajo, en alguna parte! —exclamó, entusiasmado.

Llegaron los del rancho y tosimos un poco, pues hubiera resultado muy sospechoso que nuestras enfermedades cesasen bruscamente nada más aposentarnos en la celda 55.

Acordamos que comenzaríamos a remover una o dos baldosas en cuanto nos hiciéramos con instrumentos adecuados para raer las juntas. Había también que reunir todas las cajas de carillas que pudiéramos acopiar.

—Y papeles o gomas, que guardaremos en las colchonetas —añadí—. No podemos hacer con una linterna o una lámpara y tendremos que alumbrarnos allá abajo con algo. Ah, también tenemos que hacer con un poco de yeso.

—¿Para qué? —murmuró Lacoste.

—Aunque logremos horadar el pavimento y descender, es posible que nos encontremos con un tabique que derribar y eso nos llevará tiempo, por lo que tendríamos que regresar a la celda y volver a colocar las baldosas. Un poco de yeso en las juntas evitaría que algún vigilante u ordenanza advirtiese que han sido removidas.

—Tienes razón —aprobó Claude—. Hemos de ser cautelosos y no descuidar un solo detalle. Otra cosa: seguiremos fingiendo que

estamos enfermos, aunque sin alborotar tanto que provoquemos las iras de ese cochon de Joinville.

—No le llames cochon —bromeé—. Nos ha servido a las mil maravillas.

Apenas podíamos disimular nuestra exaltación: A cada momento, se nos ocurría una cosa necesaria, imprescindible para nuestro plan de fuga.

—Levantar una baldosa será suficiente —calculé, pues cada pieza era de cuarenta por cuarenta y estirando los hombros de forma adecuada cualquiera de nosotros podríamos pasar por un agujero semejante.

—Ya veremos. Depende del grosor del suelo. Estas construcciones antiguas están hechas para durar y...

Jean-Paul

se mostró súbitamente decaído.

—¡Es posible que tardemos todo un año en abrir ese agujero! —exclamó.

—¿Y qué? —le respondió Claude—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Esa noche nos fue muy difícil conciliar el sueño. En nuestra imaginación desbordada, nos veíamos ya libres y lejos de la amenazadora prisión-fortaleza de Bressay.

Pero yo hice un esfuerzo por serenarme. Necesitaba las horas de la noche para esforzarme en un ejercicio arduo: recordar.

CAPÍTULO VIII

Comenzamos el trabajo al atardecer del día siguiente, en cuanto volvimos a la celda.

Claude había encontrado un pedazo de sierra de acero, que había logrado afilar sobre el granito hasta dejarla tan aguzada como un cuchillo.

Por mi parte, yo había encontrado un oxidado trozo de hierro angular, de unos veinticinco centímetros de longitud, que oculté entre el vientre y el pantalón.

Como disponíamos de una hora, antes de que llegase la cena, Claude se metió bajo la litera y comenzó a raer las juntas de una baldosa.

Entretanto, Jean Paul permanecía junto a él, dispuesto a tirar de él en cuanto yo les enviase un aviso en forma de silbido.

Yo estaba en la puerta de la celda, con el oído pegado al quicio y atento a la menor señal de alarma.

En cuanto a nuestros vecinos de la celda 54, no había ningún problema. Una ventaja de la prisión de Bressay era que no había chivatos. A uno de los presos que tenía el maldito vicio de denunciar cualquier proyecto de fuga, le habían abierto el vientre unos meses detrás, de modo que los presentes soplones se lo pensaban muchas veces antes de prestar el primer servicio.

El hecho de que todos los actos de la prisión fueran anunciados con un toque de sirena nos beneficiaba pues, cuando sonó el que anunciaba la cena, los tres estábamos prevenidos, de modo que Jean-Paul

tiró de Claude y le sacó de debajo de la litera inmediatamente. Cuando, cinco minutos más tarde, oímos los chirridos del carrito del rancho, los tres aguardábamos cerca de la puerta con nuestros

platos de aluminio en la mano y tosiendo quedamente.

—¿Qué tal, cómo va el trabajo? —pregunté a Claude mientras engullíamos la comida.

—¡Las manos me arden! —exclamó, haciendo aspavientos—. Pero la baldosa que he atacado empieza a removerse.

Terminamos de cenar rápidamente y yo relevé a Claude bajo la litera. Recogí las partículas que habían saltado del pavimento en un papelito y Claude las arrojó al retrete.

Al toque de silencio, la gran baldosa de cemento estaba a punto de salir. Pero Claude dijo que debíamos dejar el trabajo, pues en el silencio de la noche cualquier chirrido sería rápidamente percibido por los vigilantes. De forma que recogí el polvo y las partículas sólidas, rellené las juntas con miga de pan —no habíamos conseguido el yeso— y froté con un trapo sucio para que nada se notara.

Jean-Paul

se desesperaba.

—Creí que íbamos a trabajar también durante la noche —exclamó—. A este paso, no terminaremos nunca.

Claude y yo tratamos de tranquilizarle.

—Aprovecharemos los domingos y festivos. Durante el día, disponemos de muchas horas para trabajar.

El domingo siguiente, levantamos la baldosa y comenzamos a atacar el pavimento y logramos pulverizar dos ladrillos. Tras lo cual, colocamos la baldosa en su sitio de nuevo.

Distribuimos los pedruscos en las bolsas que

Jean-Paul

había fabricado con una de sus camisas. Ocultamos estas bolsas en distintas partes de nuestro cuerpo y más tarde, ya en Le Rochet, vaciamos disimuladamente el ripio.

Domingo tras domingo, el agujero iba progresando lentamente. Hasta que una tarde, Claude salió apresuradamente bajo la litera y dijo:

—¡He calado el suelo! Oí cómo un ladrillo caía abajo con gran estruendo.

Por turno,

Jean-Paul

y yo nos agachamos para comprobar tan feliz acontecimiento. Era

cierto: a través de un agujero de unos cinco centímetros de anchura por el largo de un ladrillo, penetraba un leve soplo de aire frío, húmedo y enrarecido.

—Ahora que tenemos ese hueco, lo mejor será serrar los ladrillos con ese pedazo de sierra de acero. Hará mucho menos ruido que si golpeásemos, sobre todo si mojamos continuamente el corte —propase.

Mi idea resultó muy práctica y eficaz. Humedeciendo los ladrillos de la bóveda, la sierra apenas producía un sordo rumor al cortar. Además, esto nos permitió que los bordes fueran regulares, para formar un agujero en forma de marco, con una pestaña de apenas un centímetro para que la baldosa pudiera sustentarse y tapar el orificio cuando dábamos por terminado el trabajo.

Desde luego, nuestras manos —aunque endurecidas— estaban hechas una pena. Los callos de los dedos se habían desprendido y padecíamos dolorosas úlceras que el polvo de ladrillo impedía cicatrizar.

A pesar de lo cual, nos sentíamos satisfechos por varias razones: no habíamos sido sorprendidos en nuestro intento y el agujero progresaba en dimensiones semana tras semana. Teníamos mucha suerte: cada mañana llevábamos a la cantera nuestros saquetes de ripios, pero ni una sola vez nos cachearon. Es inútil decir que si nos hubieran hallado aquellas bolsas en un cacheo por sorpresa, todas nuestras esperanzas habrían fracasado.

Jean Paul había ido llenando nuestras colchonetas de trapos y papeles. Constantemente, acarreaba papel de los sacos de cemento pues se estaba construyendo un barracón en Le Rochet, lo que venía a significar que el trabajo en la cantera iba para largo.

Cuando llegó Navidad, a Claude le relucían extrañamente los ojos. Tenía razón en sentirse excitado: por esas fechas, la vigilancia se relajaba un tanto, había varios días de descanso y los guardianes bebían con exceso, aunque nosotros no probáramos una sola gota de vino ni de licor.

El día de Navidad, los tres nos sentíamos muy agitados. Nos relevamos en el agujero y al atardecer, el último trozo de ladrillo cayó en el fondo de la poterna con gran estruendo.

—¿Quieres probar tú, Cliff? —me preguntó Claude.

Acepté, encantado.

Retirada la baldosa que tapaba el cuadrado agujero, introduje mis piernas y el brazo izquierdo al tiempo que elevaba el hombro y el brazo derecho para estrechar mi tronco. Cabía con holgura, pero un momento después estuve a punto de gritar de espanto al comprobar que mis pies colgaban en el vacío.

—¡Sujetadme, Sujetadme! —supliqué.

Claude me agarró con fuerza y me sacaron de allí. Colocamos apresuradamente la baldosa en su marco y nos miramos los unos a los otros.

—Habrà que fabricar una soga larga y resistente —murmuró Claude, contrariado.

—¡Espera! —exclamé—. ¿Por qué no encendemos un trozo de papel y lo dejamos caer al fondo? De esa forma, quizá podamos ver lo que tenemos abajo.

—Tienes razón, no se me había ocurrido —asintió Claude.

Retiramos nuevamente la baldosa que servía de trampilla y Claude y yo encendimos un papel convenientemente arrugado y cuando las llamas prendieron, lo dejamos caer por la abertura.

Fascinados, contemplamos los anchos peldaños de piedra a unos dos metros de la trampilla. Se trataba de lajas de piedra empotradas en el sólido muro pétreo que descendían veinte metros alrededor de aquel oscuro pozo, formando una escalera de caracol sin protección alguna. El papel encendido desmidió pausadamente e iluminó las paredes circulares, la escalera de piedra voladiza y finalmente el fondo, donde distinguimos una abertura antes de que la débil llama se extinguiera y todo volviera a quedar en tinieblas.

Nos retiramos en seguida y ajustamos la baldosa. Tuvimos que explicar lo que habíamos visto al impaciente Lacoste.

—La escalera está bajo el agujero, pero es necesaria una cuerda de unos dos metros —dije.

Jean-Paul

sacó sus trapos. Hicimos tiras lo más largas posible y comenzamos a trenzar la cuerda.

El toque de sirena que anunciaba la cena nos interrumpió. Recogimos todo apresuradamente y lo ocultamos en una colchoneta.

Aquella noche la cena era extraordinaria. Había carne en abundancia, pescado asado e incluso dulces. La agitación que

sentíamos se hubiera calmado un tanto si hubiéramos recibido una botella de vino o unas cervezas, pero en Bressay las normas sobre el alcohol eran rígidas.

Engullimos rápidamente unos bistecs. Yo apenas tenía apetito, la excitación no me permitía comer.

Claude dijo:

—Guardemos algo de comida, por si pudiéramos fugarnos esta misma noche.

Y Jean Paul y yo asentimos, más enardecidos aún.

Antes del toque de silencio, que esa noche no sonó hasta las diez, teníamos en nuestro poder una soga trenzada muy resistente, que probamos exhaustivamente atándola a la litera y tirando los tres a la vez de ella. No se rompió y esto nos animó a preguntarnos al unísono:

—¿Lo intentamos esta noche?

Los vigilantes estarían borrachos en su mayoría. También ellos, de alguna forma, permanecían la mayor parte de su vida encerrados. Los que estaban de servicio se consolaban bebiendo esa noche más de la cuenta. Lo más probable era que se olvidasen de los habituales recuentos nocturnos.

De todas formas, no podíamos poner en peligro un plan que tantos esfuerzos agotadores y tantos peligros nos había costado.

—Creo que lo mejor es que baje sólo uno de nosotros —propuse. Y mis camaradas asintieron vivamente—. Y ese uno debo ser yo.

—¿Por qué? —saltaron Jean Paul y Claude a la vez.

—De las tres camas de la litera, yo ocupo la del centro. Soy el más menudo. Con la almohada y unos cuantos trapos, podemos simular el bulto de mi cuerpo. Claude está abajo. Si atamos un delgado bramante a mi almohada, Claude dará un tirón y mi cuerpo se moverá. Digo todo esto por si, de todas formas, hubiera algún recuento —expliqué.

En los recuentos, el vigilante solía golpear la puerta metálica. Si al mirar por la mirilla, el funcionario advertía algo anormal o sospechoso, solía continuar golpeando estrepitosamente hasta que cada uno de los presos que ocupaban la celda, se movía ostensiblemente en su cama. Además, estábamos obligados a hacerlo, según las normas de la prisión. Aun que lo normal era que el vigilante que realizaba el recuento se conformase con ver

claramente los bultos de los presos en sus lechos.

Claude y Jean Paul no parecían muy convencidos por mis razonamientos, pero añadí:

—Además, está demostrado que yo sí quepo por esa abertura. Aún no sabemos si vosotros podréis pasar por ella. En caso de que no pasáseis, nos veríamos obligados a agrandar el butrón, está claro. Pero eso nos llevaría unos cuantos días más.

—Está bien, tú bajarás a explorar. Vuelve en cuánto hayas averiguado lo que nos interesa —accedió Claude. Y Lacoste estuvo de acuerdo.

Dispusimos mi cama de forma que diese la impresión de mi cuerpo. Un delgado pero resistente hilo de nylon unía mi almohada de lona con el lecho de Claude. Hicimos la prueba: Claude, acostado, dio unos tirones y comprobamos que el efecto era perfecto. Se diría que yo mismo me rebullía bajo las mantas.

Retiramos la losa y arrojamos gran cantidad de papeles arrugados al vacío. Entretanto, Claude introducía varias cajas de fósforos en las tobilleras de mis calcetines y me entregaba el plano.

—Seguramente te hará falta. Ten cuidado. Y suerte —murmuró, un tanto emocionado.

Yo también me sentía nervioso, pero absolutamente consciente de lo que iba a hacer.

Habíamos atado la cuerda a una pata de la litera. El otro cabo fue introducido en la abertura cuadrangular.

Claude permanecía junto a mí cuando introduje mis piernas en el agujero.

—Cuando vuelvas, sólo tienes que golpear la baldosa. Si no encuentras un palo o algo parecido, arroja un guijarro. Yo permaneceré atento a cualquier rumor —susurró Claude. Y me alborotó amistosamente los cabellos.

Hinché mi pecho de aire, lo expulsé totalmente para disminuir la amplitud torácica, tomé la sogla trenzada y descendí.

Puse mis pies en los peldaños, solté la sogla y busqué las cerillas. Cuando Claude vio brillar la llama, comprendió que todo iba bien. En consecuencia, recogió la sogla y colocó la losa en su sitio.

A partir de aquel momento, todo dependía de mí, lo que me produjo una extraña e íntima conmoción emocional.

Comencé a descender con cuidado los peldaños de aquella

escalera que daba dos vueltas a la poterna antes de terminar en el fondo.

Me apoyaba en la pared, pues los peldaños eran estrechos. La cerilla me quemó los dedos y la arrojé, reprimiendo una maldición.

Encendí otra inmediatamente y me apresuré escalones abajo. Ardía en deseos de llevar a cabo en seguida la exploración del subterráneo, para volver cuanto antes arriba y evitar el riesgo de que la suerte nos volviera la espalda y el vigilante de la Segunda Galería descubriera mi fuga.

Si me cogían, atrapado en el sótano, mi futuro no era muy esperanzador: me mantendrían durante uno o dos años en la «nevera», pudriéndome lentamente.

CAPÍTULO IX

Acababa de resonar el toque de sirena que ordenaba silencio a la población reclusa.

Después de colocar la losa en su sitio, Claude desanudó la sogla que había servido a Cliff para descender a la poterna.

Lió rápidamente la trenza de trapos y la entregó a Jean-Paul

que la introdujo en su colchoneta a través de un estrecho descosido al tiempo que rezongaba:

—Si esto sale mal, habré perdido seis de mis mejores camisas.

Claude sintió el deseo repentino de estallar en una carcajada, pero se contuvo.

—¡Rápido! —susurró—. ¡Acostémonos!

Después de echar una ojeada a su alrededor, ambos se metieron en la cama y se arroparon hasta el cuello.

Transcurrieron lentamente los minutos.

La prisión estaba en silencio. Sólo se oían, de cuando en cuando, los lejanos chirridos de las cerraduras de los diversos rastrillos metálicos de las galerías.

Fueron dos horas de terrible angustia para los dos hombres que aguardaban inmóviles en sus camastros.

¿Qué le habría ocurrido a Cliff? ¿Iría todo bien allá abajo? ¿Habría sufrido algún accidente su camarada?

En Bressay no estaban autorizados objetos personales como relojes o mecheros —era una prisión de alta seguridad—, de modo que, a partir del toque de silencio, Jean Paul y Claude no disponían de ninguna referencia para medir el paso del tiempo.

En realidad, les pareció que habían transcurrido muchas horas cuando escucharon el estrépito metálico en el rastrillo de la

Segunda Galería. Fue perfectamente audible, en seguida, el chirrido que producían los mal engrasados goznes de la cancela metálica al abrirse.

Lacoste y Montaigne se encogieron en sus lechos.

—¡Maldita sea! —murmuró Claude—. ¿Será posible que al final lleven a cabo el maldito recuento?

Permanecieron atentos a los pasos del funcionario que acababa de penetrar en la Segunda Galería.

Se oyeron unos golpes estrepitosos. Luego los pasos del vigilante se fueron aproximando hacia la 55.

—¡Ése es Perrier, el viejo desconfiado! —Adivinó Claude, percibiendo los aplomados pasos del gordo y corpulento funcionario.

Perrier estaba en la 54.

—Condenación, está pasando un recuento en toda regia —pensó Jean-Paul

al escuchar los fuertes golpes sobre la puerta de la celda anterior.

—¿Qué es lo que va a ocurrir? —se preguntó Claude, tenso.

Volvieron a oírse los pasos del vigilante, que se detuvieron justamente ante la celda 55.

El estrépito metálico obligó a estremecerse a Jean-Paul, que sacó un brazo fuera de las mantas.

También Claude se rebulló frenéticamente, al tiempo que daba un tirón al bramante unido a la almohada de Cliff.

Oía la respiración de Perrier, profunda y asmática, al otro lado de la puerta.

¡Y en aquel momento, Claude escuchó el leve golpear de abajo!

¿Era posible tanta calamidad?

Perrier estaba atisbando a través de la mirilla... ¡en el preciso momento en que se escuchaba la señal de Cliff, bajo el suelo de la celda!

Fueron unos segundos de tremenda tensión. ¿Qué haría el vigilante? ¿Sospecharía algo y se disponía a abrir la puerta y penetrar en la celda para llevar a cabo una inspección ocular?

Al cabo, Claude y Jean-Paul

dejaron escapar sendos suspiros al percibir que Perrier se alejaba

hacia las celdas del ala frontera.

Entretanto, volvieron a oírse golpes en el suelo de la celda, pero ni Claude ni Jean-Paul

se atrevieron a moverse de sus camas por el momento.

Cesaron los golpes. Perrier, sin embargo, continuaba escandalizando de celda en celda, mientras pasaba recuento.

Al fin, volvió a sonar el chirrido del rastrillo y nuevamente volvió el silencio.

Entonces, Claude se arrojó fuera del camastro de un salto y se introdujo bajo la litera.

* * *

¿Qué estaba ocurriendo arriba?

Con la barra de hierro oxidada que había encontrado en una mazmorra, yo había golpeado hasta tres veces la baldosa sin obtener respuesta arriba.

Insistí de nuevo, pero no me arrojaron la soga ni percibí luz allá arriba.

Los más negros presagios se apoderaron de mí. Imaginaba que mi fuga había sido descubierta, que Claude y Jean Paul ya habían sido arrestados y llevados a la «nevera», que una docena de vigilantes me esperaban arriba para caer salvajemente sobre mí.

No volví a golpear. Si Claude y Jean-Paul

seguían arriba, era más que probable que me hubieran oído.

Ya desesperaba, cuando arriba resonó un crujido y vi un recuadro de luz pálida. En seguida, entreví el rostro de Claude que me escrutaba con ansiedad. Luego lanzó la soga y yo ascendí ágilmente, introduje un brazo por el agujero y Claude me ayudó a subir.

Poco después, habíamos retirado la soga y colgado la losa en el agujero.

Me explicaron atropelladamente que se había producido un recuento y que todo había salido bien, aunque habían pasado unos minutos de verdadero pánico.

—¿Y tú, qué puedes decirnos? —inquirió Claude, ávido.

—Mañana —repuse—. Estoy fatigado. Mañana os lo contaré todo.

—¿Mañana?! —exclamaron al unísono—. ¡Habla ahora mismo o te ahogamos!

Sonreí, todavía jadeante.

—Bien, creo que podremos escapar de aquí —declaré.

Pero ellos querían saber más, mucho más, todos los detalles posibles.

—Vamos, Cliff, nos tienes sobre ascuas.

—En el fondo de la poterna, hay una puerta que da a un pasadizo —describí—. Bueno, hay un verdadero laberinto de galerías, mazmorras, escaleras e incluso una gran estancia que debían dedicar antiguamente para el tormento.

Saqué el plano y fui marcando con un lápiz mi itinerario.

—Descubrí varios accesos condenados. Estaban tapados con ladrillo y cemento y deben corresponder a los almacenes que están situados aquí —señalé—. Hacia las murallas de poniente, parte una galería que desciende hacia una cisterna llena de agua de manantial. Aquí —volví a señalar— hay un acceso tapiado. Es de ladrillos y debió ser construido hace muchísimos años, pues la argamasa se convierte en polvo fácilmente e incluso los ladrillos se deshacen fácilmente.

Hice una pausa para recuperar la respiración y añadí:

—Ataqué la pared con una barra cuadrada de hierro que encontré en una mazmorra polvorienta (la misma que me ha servido para avisaros) y en poco más de media hora conseguí abrir un agujero considerable, que me permitió introducir la cabeza y atisbar dentro.

—¿Crees que ése es el pasadizo que nos llevará de la prisión? —preguntó Lacoste con gran excitación.

Asentí con un vigoroso movimiento de cabeza.

—Estoy seguro —dije—, porque empieza aquí, a escasos metros de las murallas que dan al oeste y a la sinuosa carretera por la que se llega a la fortaleza. Es un estrecho túnel forrado en viejos ladrillos oscuros de un metro y medio de altura por unos setenta centímetros de ancho. Se advierte en seguida que esta galería desciende, lo que me llevó a sospechar que debe terminar en la ladera, por debajo de la carretera a Crenéges.

Claude se frotó las manos, entusiasmado.

—Entonces, está hecho. Nos largaremos el día de Noche —vieja —susurró, con los ojos brillantes.

—¿Por qué aguardar hasta el treinta y uno? ¡Deberíamos marcharnos ahora mismo! —protestó Lacoste, que era el más vehemente de los tres.

Puse una mano sobre su hombro.

—Calma,

Jean-Paul

—le pedí—. Es preciso obrar con cautela, ahora que estamos a un paso de la libertad. Todavía no hemos explorado ese túnel (me pareció que había pasado mucho tiempo y volví porque no quería intranquilizarlos). ¿Quién nos puede asegurar que no esté cegado más adelante?

Lacoste casi se echó a llorar al oír esto.

—¡Lo suponía, lo suponía! ¡Jamás saldremos de aquí! —clamó.

Tuvimos que tranquilizarle entre Claude y yo.

—Vamos, no desesperes, hombre. Te aseguro que finalmente nos marcharemos de aquí —le animé.

Nos acostamos inmediatamente.

Y, cosa extraña, aquella noche dormí de un tirón durante las horas que restaban hasta el toque de diana.

Antes de que nos trajeran el desayuno, me metí bajo la litera y rellené las juntas de la losa con miga de pan mezclada con polvo de cemento. Froté con el trapo y, satisfecho del resultado, coloqué las cajas de cartón encima y me incorporé.

Ahora todo cuidado era poco; era necesario aumentar las precauciones.

Por cierto que, al atardecer, recibimos un susto mayúsculo. Estábamos en nuestra celda, cuando la puerta se abrió de repente y apareció Joinville con un ordenanza que llevaba una escalera portátil.

Mirándonos fijamente, nos ordenó apartarnos a un lado. Luego indicó al ordenanza que cacheara los camastros y nuestras cajas de cartón.

No sé si palidecí, pero desde luego juro que estaba lleno de pánico, imaginaba que el funcionario había descubierto nuestro plan de fuga o, al menos, que sabía algo.

El ordenanza —un preso, como nosotros— cumplió su tarea a la perfección.

—Tienen las colchonetas llenas de papeles —informó el vigilante.

Joinville se inclinó sobre una de ellas —precisamente sobre la de Claude— y de un fuerte tirón, descosió el borde de la colchoneta. ¡Y allí guardaba Claude el plano de Bressay...!

Joinville sacó un puñado de forros de cemento y nos dirigió una mirada terrible.

—¿Para qué queréis esto, si puede saberse? —preguntó, con la expresión del gato que tiene acorralado al ratón.

Jean Paul tomó la palabra. Se había encorvado y mostraba un semblante macilento.

—Hace mucho frío, *monsieur*. Sólo tenemos dos mantas, ¿sabe? Yo traje esos papeles. No hacemos ningún daño con ello y nos abrigan y nos preservan de la humedad —pronunció con voz lastimera.

Joinville vaciló unos segundos.

—Está bien. Cosed esa colchoneta —dijo.

El ordenanza aproximó la escalera a la pared exterior. El funcionario subió y golpeó los barrotes del ventanuco con una barra de hierro para comprobar que la reja no estaba aserrada ni desempotrada^[2].

Al cabo, descendió, volvió a echarnos otra de sus miradas feroces y se marchó.

Dejamos escapar sendos suspiros de alivio cuando escuchamos sus pasos alejándose galería adelante.

—¡Uf! —Gruñó Claude—. Acabo de pasar el peor rato de mi vida. Imaginé que Joinville iba a encontrar el plano. O quizá la sogá.

—Creo que lo más sensato sería deshacerse del plano —propuse—. ¿Para qué lo necesitamos ya? Sólo puede comprometernos.

Claude se resistía a destruir aquella joya, pero yo le hice ver que los tres nos los sabíamos de memoria, y finalmente lo sacó de entre la crin vegetal que rellenaba su colchoneta y lo convirtió en finísimos fragmentos que fueron arrojados al retrete y arrastrados por el agua hacia las cloacas.

Jean Paul sacó aguja e hilo y se dispuso a reparar el gran

descosido abierto por el vigilante en el borde de la colchoneta.

Al fin, nos fuimos tranquilizando y nos sentimos satisfechos de que todo hubiera resultado una falsa alarma.

Se nos hicieron muy largos los días que mediaron entre el 25 y el 31. Pero al fin, llegó la Nochevieja y nosotros empezamos a disponernos para iniciar nuestra furtiva intentona.

Marcelle Reignot —la amiga de Lacoste— escribió a nuestro amigo finalmente. La carta se recibió el 30 de diciembre. Según Jean-Paul,

Marcelle estaba dispuesta a poner a su disposición todos sus ahorros.

—Es demasiado tarde para enviarle un aviso —dije yo—. ¿Sabes si Marcelle tiene coche?

—Sí. Un pequeño Cuatro-Cuatro que utiliza a veces para su negocio —afirmó Lacoste.

Claude frunció los labios en un gesto despectivo. Para él, que había trucado potentísimos automóviles de todas las marcas en su taller de Lyon, un Cuatro-Cuatro no era sino un cochecillo.

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber Lacoste.

—Nos convendría posponer una o dos semanas nuestra fuga —los rostros de mis camaradas se nublaron inmediatamente, por lo que me apresure a añadir con mi acento más convincente—: Elio nos permitiría enviar aviso a Marcelle. Ella podría venir a recogernos en su coche hasta las proximidades de Bressay. Cuando me trajeron aquí, vi un bosquecillo de pinos a unos cuatro kilómetros de la prisión. Tu amiga podría aguardarnos allí, esconder el cuche entre los árboles, con una buena cantidad de dinero en el bolso.

—¡Ni hablar! —estalló Claude, violento—. No estoy dispuesto a esperar un día más.

—Yo tampoco —le apoyó Jean Paul, malhumorado—. Una vez fuera, ya nos las arreglaremos para avisar a Marcelle.

La actitud de mis amigos era tan decidida, que juzgué inútil insistir. Y aquello no convenía a mis planes.

Tras un breve contraste de pareceres, acordamos descender a la poterna después del toque de silencio.

En cuanto oímos la sirena, dispusimos gran cantidades de trapos y crin sobre las colchonetas de forma que simularan los bultos de

tres durmientes.

Yo fui el último en introducirme a través del agujero. Jean Paul se escurrió sin dificultades, pero Claude hubo de realizar un descomunal esfuerzo para pasar su abultado tórax por el angosto marco.

No podíamos colocar las baldosas en su sitio, pero habíamos dispuesto nuestras cajas de cartón de forma que el agujero no fuera visible al primer vistazo, si no se apartaba la litera de la pared.

Recogí la barra de hierro que había dejado allí la vez anterior, mientras Lacoste nos alumbraba con las teas de papel que Claude iba formando en forma de cucurucho.

Descendimos.

Mis compañeros contemplaban las paredes de la poterna con gran curiosidad, pero yo les guíé rápidamente a través de los pasadizos sin entretenerme a explorar las restantes dependencias subterráneas.

Hallamos la escalera que llevaba a la cisterna, echamos una ojeada a las profundas aguas y nos separamos a la derecha, hasta detenernos en el lugar donde se iniciaba el túnel tapiado, en cuya pared yo había practicado un agujero de regulares dimensiones.

Por el camino, Claude había encontrado una piedra de cantería que pesaría unos quince kilos y que traía al hombro.

No se anduvo con delicadezas. Valiéndose de aquel pesado adoquín, atacó el muro de ladrillos y, en pocos minutos, abrió un agujero lo suficientemente ancho como para que todos cupiésemos a través de él.

Pasamos y avanzamos con la espalda encorvada, pues la altura del túnel no daba para más. La galería no era absolutamente recta, sino que describía curvas a un lado y a otro, pero su trazado descendía en pendiente, de forma que teníamos que frenar nuestra marcha para no rodar cuesta abajo.

Claude iba contando sus pasos meticulosamente. Iba ya por los seiscientos cincuenta, cuando al volver una curva a la derecha, advertimos que el túnel terminaba bruscamente.

Nos detuvimos, estupefactos, desilusionados.

Pero yo me acerqué y palpé el muro gris-verdoso que nos cerraba el paso.

—Esta obra es relativamente reciente —afirmé—. Utilizaron

cemento para revestir la pared que cierra el túnel.

La golpeé con mi barra de hierro y no me pareció particularmente gruesa, a juzgar por la sonoridad de los golpes.

Sin consultar con mis camaradas, comencé a golpear denodadamente el muro. Al principio, la superficie de cemento parecía irrompible, pero al cabo comenzaron a saltar fragmentos y unos minutos después aparecían los ladrillos, que eran huecos y fueron desmenuzándose fácilmente.

Cuando se produjo un agujero suficientemente grande, asomé mi cabeza al exterior y aspiré con fruición el aire frío e impregnado de aromas campestres.

Después de eso, apenas tardamos quince minutos más en abrir un agujero lo suficientemente grande como para permitirnos escapar a los tres.

Esta vez, fui yo el primero en pasar.

Y a punto estuve de precipitarme al vacío, pues el túnel terminaba en un acantilado bajo la carretera a Grenéges. Según pude apreciar, los arbustos tapaban por completo la boca del túnel.

Claude me sujetó de un zarpazo y me sostuvo con fuerza. Sobre la angosta plataforma donde crecían aulagas y romeros, nos reunimos los tres y miramos hacía la cumbre.

Los focos de la prisión parecían demasiado mortecinos desde allí abajo. Pero ¡estábamos fuera de nuestro encierro!

Sería dificultoso subir hasta la carretera, pues la pendiente era aguda y escarpada, pero también cubierta de arbustos que nos permitirían afianzarnos y escapar de allí.

—¿Qué esperamos? —susurró Jean Paul—. ¡Vámonos!

Había llegado el momento de que yo jugase la carta más peligrosa. Pero no dudé un momento. Dije:

—Id vosotros Yo me vuelvo a la prisión.

Claude y Lacoste pronunciaron sendos tacos en la oscuridad.

CAPÍTULO X

No podía ver sus rostros con claridad, pero debieron palidecer intensamente.

—¿Estás loco? ¿Qué bicho te ha picado ahora? —Gruñó Claude, malhumorado.

—No nos gastes esas bromas, Cliff —bramó Jean-Paul, siempre tan comedido—. Cada minuto es precioso para nosotros.

Pero yo insistí glacialmente.

—Marchaos. No pienso ir con vosotros. ¿Qué más os da? Un estorbo menos, simplemente.

Claude me aferró por el pecho con un violento manotazo.

—¿Te burlas? ¿O es que tienes miedo? ¿Vas a delatarnos, quizá? —barbotó.

Me desasí de él tan contundentemente que mi amigo quedó sorprendido de mi fuerza.

—No voy a delataros, podéis estar seguro. Si tuviera esa intención, pude hacerlo mucho antes, sin exponerme a que vosotros dos me asesinaseis —respondí.

Claude jadeó.

—Debes tener alguna razón para obrar así, pero... ¡Mon Dieu! soy absolutamente incapaz de comprenderte. Explícate —demandó.

—Pues bien: soy inocente —declaré.

Jean Paul rió nerviosamente en la oscuridad. Claude rechinó su poderosa dentadura.

—No me hagas reír —gruñó, rabioso.

—Es la verdad —insistí—. Fui condenado a cadena perpetua en virtud de una conspiración criminal. He meditado y llegado a la conclusión de que no me interesa fugarme. ¿Cuál va a ser nuestro

futuro? Andaremos siempre escondiéndonos, temiendo que un policía ponga su mano sobre nuestro hombro o cualquier agente de la ley nos tire a matar sin previo aviso. No conoceremos un solo momento de tranquilidad, no podremos tener negocios ni ganarnos la vida honradamente. Para eso, prefiero seguir en la cárcel.

—Decididamente, estás como una cabra —barbotó Claude, al límite de sus nervios.

Pero comprendí que mis palabras le habían dado que pensar.

—¿Entonces... por qué participaste en todo esto, si no pensabas fugarte? —inquirió Lacoste fríamente.

Era evidente que ambos sospechaban de mí. Yo, deliberadamente, había provocado el peligro. Si no lograba convencerles de que no pensaba perjudicarles, lo más probable era que ambos cayesen sobre mí y me rompiesen la cabeza a pedradas.

—Eres un idiota —bufó Claude—. ¿No comprendes que ya no puedes dar marcha atrás? Es posible que a estas horas hayan descubierto nuestra fuga.

—No —respondí—. Si fuera así, las sirenas de alarma estarían sonando ya.

—¡Qué más da, estúpido! Si subes a tu celda, tendrás que pagar de todas formas —exclamó Claude, impaciente—. ¿Cómo crees que van a tratarte Joinville o Perrier? Después de recibir una paliza que te dejará quebrantado para tres meses, te arrastrarán hasta la «nevera».

—Es posible. Incluso así, prefiero volver —insistí—. Yo tenía otro proyecto.

—¿Cuál? —preguntaron mis camaradas al unísono.

Me humedecí los labios con la lengua.

—Uno de nosotros podría salir cada noche y hacer algunas gestiones encaminadas a conseguir demostrar nuestra inocencia —dije.

Era una prueba de fuego.

Sí, como habían asegurado, ambos eran inocentes de los crímenes que se les habían atribuido, tal vez me escuchasen. Si eran culpables, optarían por escapar, pero antes me harían callar a mí para siempre.

—A ver, a ver —se interesó Lacoste—. No entiendo eso muy bien. Explícate más claramente.

Claude se impacientó.

—Pero ¡esto es sencillamente ridículo! Estamos aquí, tres fugados, discutiendo sobre la posibilidad de que la justicia enmiende sus errores. Y mientras tanto, los vigilantes descubrirán nuestra ausencia y nos perseguirán como a lobos rabiosos.

—¡Déjale hablar! Que se explique —pidió

Jean-Paul.

—Está bien: di lo que tengas que decir —pronunció Montaigne con voz tensa.

Me esforcé en que mi voz no temblase demasiado.

—Hasta ahora, jamás os hablé de mí. En realidad, ignoraba muchas cosas que he ido recordando poco a poco durante los dos años que he pasado en Bressay... Os diré una cosa: soy abogado y conozco los procedimientos legales necesarios para conseguir una revisión de nuestras causas. Pero, además, quiero intentar otras cosas...

—¡Es lo que nos faltaba por oír! —se burló Claude—. ¡Tú, abogado!

—Por favor, Claude —intercedió Lacoste.

—Lo que me propongo es que podamos llevar a cabo estas gestiones desde la prisión. Para ello, yo mismo, o cualquiera de vosotros, abandonará la prisión por la noche, pero deberá estar aquí antes del toque de sirena de diana —dije.

—¡Eso es una idiotez! —farfulló Montaigne—. ¿Por qué dejar la libertad que tenemos al alcance de la mano?

Sorprendentemente. Jean-Paul me apoyó entonces.

—A mí no me parece ninguna idiotez —afirmó—. Estoy pensando... Vamos vestidos de presidiarios y quizá nos veamos forzados a matar para hacernos con ropas, dinero y un automóvil. Y si cometemos un crimen, lo más probable es que nos ejecuten sin contemplaciones.

Callamos un momento. Al poco rato, Lacoste insistió nuevamente.

—Cliff es más sensato de lo que suponía. Al menos, debíamos haber esperado hasta que Marcelle estuviera sobre aviso y nos ayudase trayendo ropas civiles el dinero y el coche. Tal como estamos, no tenemos ninguna probabilidad. ¿Por qué no volvemos a la celda y esperamos hasta contar con la ayuda de Marcelle?

Claude vaciló.

—Imposible. Entretanto, descubrirán este agujero y sospecharán —dijo—. De ahí a la nevera sólo hay un paso.

—El túnel está completamente tapado por los arbustos —argüí yo—. Además, la bajada muy dificultosa para que alguien llegue hasta aquí.

—¡Ni hablar! Yo me marchó —decidió Claude. Y comenzó a gatear la cuesta.

Al momento, oímos una maldición y Claude estaba de nuevo con nosotros.

—Está bien, me da no sé qué abandonaros. Pero sólo aguardaré hasta que Marcelle esté dispuesta a ayudarnos —rezongó.

Recogimos apresuradamente los ladrillos intactos que habíamos arrancado y, desde le interior del túnel, los dejamos sobrepuestos, aunque aquella precaución estaba de más.

Diez minutos después estábamos en la poterna, A la luz de un papel encendido, elevamos nuestras miradas y vimos la bóveda altísima. La cuerda seguía colgando en el vacío desde el agujero cuadrado a través del cual nos habíamos fugado.

Subimos con precaución los peldaños, dispuestos a retroceder a la menor señal de peligro. Sin embargo, cinco minutos más tarde estábamos en nuestra celda, sin novedad.

Claude dejó escapar ruidosamente el aire a través de sus labios. Puso una mano muy pesada sobre mi hombro y dijo:

—Amiguito vas a tener que explicarnos muchas cosas.

Y yo asentí con el gesto.

* * *

Cuando llegué a la prisión de Bressay, yo, Cliff Doleman, era un hombre sin pasado. Ni siquiera sabía mi edad, aunque mi aspecto era el de un joven de unos veintiséis años.

Conservaba, sí, en mi poder una copia del testimonio de condena de un tribunal de Vezelay, en el que se decía que yo, Clifford Doleman, de 25 años, soltero, ciudadano británico, había sido condenado a muerte por el doble delito de asesinato y violación en la persona de la señorita Monique Garancier, de veintidós años. Había otro documento más, en el que se certificaba

que el Presidente de la República francesa había acordado conmutar mi pena de muerte por la de reclusión a perpetuidad en una prisión de alta seguridad.

Yo no recordaba nada de esto, pero de una cosa estaba seguro: no había cometido los crímenes que se me imputaban. Y que nadie me pregunte cómo estaba seguro de tal cosa: yo lo sabía en mi interior y eso era todo.

No recordaba siquiera las incidencias del proceso ni de la vista del juicio. No conocía a Monique Garancier, pero la sentencia decía claramente que Clifford Doleman se había presentado en la ciudad de Vezelay, que seguidamente me había trasladado al domicilio de la señorita Garancier y la había estrangulado y asesinado.

Poco a poco, mi cerebro fue recordando otras cosas. Yo vivía en un edificio de apartamentos de Kessington, donde acababa de instalar mi despacho de abogado. No tenía familiares, de esto estoy seguro.

Me había costado mucho esfuerzo terminar mi licenciatura en Derecho. Después de ser vendedor de periódicos, descargador, vendedor a comisión y agente de seguros, había llegado al despacho de los prestigiosos abogados Dowler Bronson, de los cuales fui pasante hasta que, terminada la carrera, y tras trabajar dos años como asesor de una empresa, me independicé.

En cuanto recordé ésta, envié una carta a Dowler Bronson, en Londres, pues estaba seguro de que mis antiguos patronos me echarían una mano en tan lamentable embrollo. Jamás obtuve respuesta, aunque insistí varias veces. En la prisión se me aseguró que se les había dado curso a todas mis cartas.

¿Las había interferido alguien, se había cambiado de domicilio el despacho de abogados o... éstos preferían ignorarme? Me costaba gran esfuerzo aceptar la última posibilidad, pues los dos abogados se habían manifestado plenamente satisfechos de mi trabajo, e incluso trataron de convencerme para que pasara a ser un socio más, cuando yo decidí abrir mi propio bufete.

Día a día iba recordando nuevas vivencias en Bressay, al paso que mi cuerpo y mi espíritu se iban endureciendo.

Estaba teniendo un éxito discreto en mi despacho de Kessington. Los clientes acudían a mi bufete y mis ingresos iban en aumento semana tras semana.

Fue por aquel entonces cuando recibí aquella carta. Procedía de Vezelay. Francia, y la remitía un tal M. Honoré Bianca, notario. Decía:

«Distinguido señor:

»Al fin de practicar determinadas pruebas relacionadas con el testamento de míster Grey Doleman, le ruego se persone en mi notaría a la mayor brevedad.

Me he permitido reservarle un billete de avión para el vuelo 345 de Air France que parte de Heathrow a las cinco de la tarde del próximo sábado. En caso de que no pudiera venir en esa fecha, le ruego lo cancele usted mismo por teléfono e indique la fecha a elegir, «Atentamente,

»Honoré Bianca, notario».

La carta me produjo una sorpresa sin límites, pues yo no recordaba a ningún pariente. Claro que desde los once años había permanecido alejado del mundo, internado en un centro tutelar del Estado, pues era huérfano desde temprana edad.

Hice algunas averiguaciones inmediatamente. Al parecer, Grey Doleman era un famoso escritor, cuyos libros se vendían por millones. Algunas de sus obras habían sido llevadas al cine, incluso. Según averigüé, Grey Doleman vivía en Francia desde la Segunda Guerra Mundial y había participado en la Resistencia francesa activamente.

Se le suponía una gran fortuna y se decía que era un individuo huraño y misántropo.

Nuevas averiguaciones en el registro civil me confirmaron la verdad: Grey Doleman era hermano de mi difunta madre.

Decidí aceptar el ruego de M. Honoré Bianca y el sábado a las cinco un avión de Air France me dejaba en el aeropuerto de Orly. Previamente, había hecho las gestiones con una empresa internacional rent a car para que un automóvil me estuviera

esperando en el aeropuerto. De modo que con una pequeña maleta y un mapa de carreteras, me puse inmediatamente en camino hacia Vezelay, a unos doscientos cincuenta kilómetros de París.

Era verano y había encontrado numerosos automóviles con averías en la carretera, provocadas la mayoría por la altísima temperatura que asolaba Europa aquellos días.

Pero ningún encuentro tan agradable como el que tuve a pocos kilómetros de Vezelay. Anochece, cuando vi aquel Volkswagen al margen de la carretera. Arrojaba chorros de vapor por el radiador. Una linda muchachita estaba inclinada sobre el motor y mostraba un tentador par de muslos hasta una altura mareante.

Detuve mi Peugeot detrás de ella y la saludé, ofreciéndome a llevarla a Vezelay. Era una chica muy joven y agradable y aceptó en seguida. Me pidió que la dejase en su domicilio de la calle Bordonnier, 17.

Quince minutos después, estábamos ante una bonita casa rodeada de jardín, la muchacha no se había presentado si quiera, pero me invitó a entrar en su casa y a tomar una cerveza fría.

Estábamos tomándola y ella daba muestras de un gran nerviosismo. Fue en aquel instante cuando me golpearon por detrás con algo contundente, se me doblaron las rodillas y caí al suelo, sin sentido.

A partir de ahí, no lograba recordar nada con nitidez. Algunas escenas del juicio se me presentaban muy confusas, a retazos, pero nada más.

En la cárcel de Vezelay, yo me esforzaba desesperadamente en recordar, pero ni un solo recuerdo llegaba a mi cerebro. Me traían, me llevaban, me interrogaban. Tengo alguna idea acerca de un gran hospital, donde permanecí muchos días. Pero todo era tan inconexo, tan mareante y confuso...

A medida que pasaban los meses en Bressay, mi cerebro trabajaba activamente, aunque mi memoria no se mostrase tan activa. En una ocasión, encontré un pedazo de periódico, manchado y arrugado.

Despertó mi curiosidad la foto de aquella joven. El pie de la foto decía: «Monique Garancier, estrangulada y violada por el súbdito británico Clifford Doleman». ¡Era la muchacha del Volkswagen que me había invitado a tomar una cerveza en su casa!

Deduje que yo era víctima de una conspiración. ¿Relacionada quizá con la posible herencia de Grey Doleman?

Lo triste era que en la prisión no podía hacer nada, nada, nada...

Sólo pudrirme en silencio.

CAPÍTULO XI

Me habían escuchado en silencio, sin interrumpirme ni una sola vez. ¿Creían lo que acababa de contarles?

—¡Jamás lo hubiera creído! —exclamó Claude—. Tú, Cliff, todo un abogado... No sé si creer esa extraña historia o llamarte embustero.

—¿Quién va a hablar? —Le cortó Lacoste—. Su historia es tan increíble como la tuya. O como la mía.

—Yo creo en vuestra inocencia —dije de pronto, asomando mi cabeza por el borde de la litera—. Es más, tengo las pruebas de que sois inocentes.

—¿Qué clase de pruebas? —exclamó Claude, desconcertado.

—Si hubierais sido culpables, me habríais asesinado en el túnel. Y después hubierais escapado —respondí—. Eso prueba que aún tenéis esperanzas.

—Tienes razón —dijo Claude, tristemente—. Aunque sea una estupidez, todavía tengo esperanzas.

—Y yo —afirmó Lacoste.

Al cabo de una pausa, Montaigne habló de nuevo.

—Tú vas a dirigir este desesperado intento, Cliff. ¿Cuáles son tus proyectos?

—Pienso comunicarme con Dowler Bronson en cuanto pueda salir de aquí. O tal vez pueda hacerlo Marcelle...

—Ella hará lo que yo le diga —afirmó Lacoste, seguro de sí mismo.

—Perfecto. También tengo gran interés en ponerme al habla con M. Honoré Bianca y con M. Edouard Bisset.

—¿Quién es Bisset?

—Según mi sentencia, el abogado que me defendió. He leído el

documento: hizo una defensa brillantísima y se esforzó por salvar mi cabeza. Necesariamente, debe ser un hombre honesto — expliqué.

—¿Y después? —insistió Claude.

—Ya veremos. Ahora es demasiado tarde y necesitamos descansar. Que tengáis felices sueños —deseé.

Y me dormí profundamente a los pocos minutos.

* * *

Lacoste se reunió con Marcelle Reignot el día 12 de enero. El encuentro tuvo lugar en el bosquecillo de pinos que yo había citado, y aunque

Jean-Paul

no se extendió en muchas explicaciones, debió ser una cita muy gratificante en todos conceptos, porque Lacoste regresó poco antes del toque de diana, fatigado pero radiante de feliz.

Traía cigarrillos americanos y dos botellas de vino, que dejó en la poterna a la espera de una ocasión propicia para befémoslas. Nos mostró, además, una potente linterna.

—Tomó todos los datos que tú me diste y copió literalmente la carta a enviar a los abogados de Londres. Marcelle ha liquidado sus negocios de París y ha alquilado una casita en Grenéges. Con esto se propone, estar mucho más cerca de mí... quiero decir, de nosotros, —relató, entusiasmado.

Claude se pasó la lengua por los labios y

Jean-Paul

parpadeó repetidas veces, un poco nervioso.

—Me... me acordé de vosotros, podéis jurarlo. Cuando la tenía en mis brazos, pensé que también vosotros tenáis derecho a...

—Todo llegará, estoy seguro —dije. Y en ese momento se oyó la sirena de diana.

Fuimos a Le Rochet. Lacoste se tambaleaba, iba como sonámbulo y tuvimos que hacer prácticamente todo su trabajo entre Claude y yo, pero a

Jean-Paul

se le veía feliz.

Pasaron cinco días. No había noticias e Dowler Bronson y yo me

consumía de impaciencia. Decidí hacer una visita al abogado Edouard Bisset, en Vezelay.

Vezelay estaba a cuarenta kilómetros de la prisión de Bressay, pero si Marcelle Reignot estaba dispuesta a llevarme, aquella distancia no contaba. Hablé con mis camaradas y ambos estuvieron de acuerdo.

Al toque de silencio, un muñeco de trapo ocupaba mi lecho. Cogí la linterna y me deslicé hacia la trampilla.

Fuera ya de la prisión, me orienté y corrí a buena marcha, aunque lejos de la carretera. Poco después de las diez oprimía el timbre de la casa que Marcelle había alquilado en Grenéges.

No se asustó al verme. Jean-Paul nos había descrito perfectamente, así que me hizo pasar apresuradamente y me obligó a ponerme ropas civiles. Cuando le dije que necesitaba trasladarme a Vezelay, su reacción fue muy simple.

—Vamos —dijo.

Lejos ya de Grenéges, me tocó el brazo y me ofreció un relojito.

—Guárdalo, tal vez lo necesitéis. Me olvidé de dárselo a Jean-Paul.

—¡Naturalmente! —exclamé—. ¡Teníais tantas cosas que hacer!

Me sorprendió mucho, porque se ruborizó intensamente. Yo la miré con interés. Era una mujer de unos treinta y cinco años, morena y muy atractiva, aunque su rostro estaba marcado por algunas arruguillas que reflejaban amargura y soledad.

No paramos de hablar en todo el camino. Hacía más de dos años que no veía una mujer, que no olía su perfume, ni oía su voz, de modo que me sentía sediento y ella también parecía ansiosa por hablar. Sobre todo de

Jean-Paul,
a quien sin duda adoraba.

Vimos un letrero: A VEZELAY, 10 KM. Poco más allá, Marcelle redujo de pronto la marcha y exclamó:

—¡Mira!

En un camino arbolado que partía oblicuamente de la carretera, había un coche color crema. Dos hombres estaban arrancando a jirones los vestidos de una joven, que se esforzaba inútilmente en escapar.

La escena, por reflejo, me recordó otra: Monique Garancier

inclinada, sobre su humeante Volkswagen. ¿No se trataría esta vez también de una mise en scène?

Era estúpido pensar tal cosa, puesto que aquellas personas no tenían idea que nosotros fuéramos a pasar por allí.

—¿Tienes una llave inglesa? —pregunté a Marcelle, quien sin encomendarse a Dios ni al diablo había frenado y dirigió su Cuatro-Cuatro hacia el camino.

Me tendió inmediatamente lo que le pedía y salté fuera del coche. Ella me siguió animosamente, enarbolando un paraguas, y ambos corrimos hacia el lugar de la trifulca.

Estaba dispuesto a utilizar la llave contundentemente contra aquellos canallas, pero afortunadamente no hizo falta, pues los dos individuos escaparon cobardemente en cuanto los faros les enfocaron y nos vieron bajar.

La muchacha, muy joven, de cabellos largos y facciones atractivas y lozanas, comenzó a sollozar. Estaba semidesnuda y tenía la cara y el pecho lleno de hematomas y arañazos.

—Cálmese —le dije, apartando la mirada para no ofenderla, puesto que sus senos estaban desnudos y su ropa interior desgarrada—. Ya no tiene nada que temer.

—¡Pobrecita! —exclamó Marcelle—. ¡Esos desalmados...! —Y se despojó de su gabardina y la ofreció a la muchacha que se la puso inmediatamente.

Advertí que habían rajado los neumáticos del coche *beige* y le dije a la muchacha si quería venir con nosotros a Vezelay.

—Yo vivo allí —respondió—. Me llamo Rosalie Bisset. No pueden imaginarse cuánto les agradezco que se hayan detenido para ayudarme: esos individuos querían violarme.

—Está bien claro —comentó Marcelle. Y tomó amorosamente a la joven bajo su protección y los tres caminamos hacia el Cuatro.

Cuando volvíamos a la carretera, Rosalie Bisset nos contó su odisea: volvía de Martinville de visitar a una amiga de Universidad, cuando los faros de su coche iluminaron el cuerpo de un hombre tendido en el suelo. En cuanto frenó el coche, uno de los individuos saltó sobre ella y el otro se incorporó rápidamente del asfalto. Presa de nervios, Rosalie no sabía cómo darnos las gracias.

Pero yo estaba obsesionado con su apellido: Bisset.

—No me diga que su padre es el abogado M. Edouard Bisset —

comenté.

—¿Lo conoce? —Sus facciones se animaron—. Sí, en efecto, es mi padre.

Sonreí para mis adentros. Evidentemente la suerte estaba de nuestra parte.

* * *

La puerta de la celda se abrió violentamente. De mala gana, el eterno Joinville gritó:

—¡Doleman, tienes visita!

Fui tras él inmediatamente. Y volví media hora después, cuando estaban repartiendo la cena. No es necesario decir que mis camaradas me interrogaron con la mirada en cuanto estuvimos solos.

—Era míster Phillip Dowler. Ha sido muy amable y está dispuesto a hacer todo lo posible por vosotros, aunque naturalmente todo llevará su tiempo. En primer lugar, os buscaré dos abogados prestigiosos —anuncié.

—Pero ¿no teníamos ya a Bisset? —protestó Lacoste.

—Edouard Bisset se ocupará de mi caso, pero os juro que vosotros dispondréis cada uno de los mejores abogados franceses —respondí—. Tengo muchas esperanzas de que muy pronto se resuelvan nuestros asuntos.

Pero Claude se dejó caer sobre su camastro, desanimado.

—¿Cuánto tiempo? —exclamó, desengañado—. ¿Unos meses, varios años? Empiezo a arrepentirme de no haberme marchado el 31 de diciembre...

—Aún puedes hacerlo, si quieres —le azucé—. Pero cometerías la mayor estupidez de tu vida.

Jean Paul me tomó por un brazo.

—Eso que dices, ¿es algo más que una ilusoria esperanza? —me preguntó.

Sonreí.

—No soy Dios, amigos míos, pero tengo un cerebro para pensar y maquinara. Escuchadme: durante dos años no he hecho otra cosa que recordar y pensar. Trabajaba como un autómatas y logré sobrevivir. Pero mi mente trabajaba sin descanso, ídeé algunos

planes respecto a nosotros. La solución era buena para cada caso, porque nuestras desventuras son muy parecidas, lo mismo que nuestros procesos y condenas...

—¿Adónde vas a parar? —Se impacientó Claude, que tenía las manos cruzadas bajo la nuca y cruzaba y descruzaba las piernas con gran nerviosismo.

—Los abogados no pueden hacerlo todo. Hablé largamente con Bisset y le di algunas ideas respecto a sus actuaciones. Y he enviado a mister Phillip Dowler a entrevistarse con Bisset en Vezelay. Ellos ya saben cómo actuar. En tu caso,

Jean-Paul,

la actuación de tu fidelísima Marcelle será decisiva.

—¿A qué te refieres? —se interesó

Jean-Paul

ávidamente. Les miré a ambos. Estaban tan nerviosos e impacientes, que comprendí que debía explicarles ampliamente mis planes maquiavélicos.

* * *

El famoso empresario teatral Maurice Soler penetró en su *suite* del Hotel Meridion pasada la una de la madrugada.

Iba un poco bebido. Regresaba de una reunión de jóvenes actores a los que había prometido incluir en la próxima obra teatral a presentar en París y había bebido más de la cuenta, animado por la complaciente zalamería de los jóvenes efebos con ansias de promoción.

El portero de noche tuvo que ayudarle a conservar el equilibrio cuando penetraba en el hotel. Soler puso un billete en su mano, cruzó el vestíbulo y se dirigió a los ascensores.

Se asustó al penetrar en el ascensor porque dentro no había luz y Soler andaba muy mal últimamente de los nervios. Pero en cuanto penetró en el ascensor la luz se encendió.

Sin embargo, no se sentía tranquilo. La tensión de sus nervios no se debía tanto al abuso del alcohol como a las malas jugadas que le gastaba su conciencia. A lo largo de los últimos días, los sentidos no le respondían adecuadamente.

Por ejemplo, qué tontería le había parecido reconocer a una

mujer que tomaba un taxi. Vio después a la misma mujer en el teatro, o eso le pareció. Se cruzó con ella al día siguiente en la calle y le pareció verla en el American Bar.

Se había sentido muy inquieto, ciertamente. Porque aquella misteriosa mujer se parecía como una gota de agua a otra a una persona que quería sepultar en el fondo de su memoria: Regine Pacquard, a la que había asesinado fríamente a bordo de su yate para vengarse de aquel cómico de poca monta llamado Lacoste.

—Debo ir al médico —pensó, cuando el ascensor se detuvo en la quinta planta.

Le costó cierto esfuerzo introducir la llave en la cerradura. Entró, finalmente, y cerró. Las luces de su *suite* estaban encendidas. Pero... ¿no las había dejado apagadas?

Cruzó el lujoso *living*.

—Debí traer conmigo a Marcel —pensó—. Es guapo y servicial. Me agrada su compañía.

Pero Marcel no estaba ahora allí. Estaban los lujosos muebles, las cortinas de terciopelo, la mullida alfombra. Maurice Soler estaba completamente solo.

Se sentía cansado, fatigado. Era viejo ya, sesenta y un años. Y tantos cócteles y banquetes le estaban destruyendo poco a poco.

—Voy a acostarme —decidió. Y arrojó al suelo su caro gabán y empujó la puerta de su regia alcoba.

Estaba desabrochándose la botonadura de brillantes, cuando sus ojos se fijaron en el lecho.

La luz rojiza de las dos pantallas de noche lo bañaban todo de un color de sangre.

—¡Mon Dieu! —murmuró. Y se mesó los cabellos, se clavó las pulidas uñas en la cara, temiendo ser víctima de una pesadilla.

Tambaleándose, avanzó hacia el lecho y se arrodilló. Palpó el cuerpo de Regine, tocó la orla de su fino camisón de tul.

La horrible herida de la garganta aún manaba sangre. ¡Regine, era Regine, nuevamente! Regine Pacquard, a la que él mismo había degollado ocho años atrás.

Pero ¿cómo era posible? Regine debía estar convertida en polvo, putrefacta.

Alzó una mano, tocó la herida y miró sus dedos, manchados de sangre. Horrorizado, hundió su rostro en el lecho y gimió

desgarradoramente.

—Usted la mató, ¿verdad? —susurró una voz suave detrás de él.

—¡Sí, sí, yo la maté, sólo para vengarme! ¡Sacre Coeur, no tengo perdón! —confesó Maurice Soler, estremecido.

El inspector Lagrange le colocó unas esposas y llamó por teléfono. A Soler se lo llevaron minutos después dos gendarmes, camino de la comisaría.

En la lujosa *suite*, el abogado Emil Zarouac abandonó su escondite de la cortina con un magnetófono en la mano.

—¡Uf! —Gruñó el inspector Lagrange—. Creí que iba a fallar nuestra mise en scene. En tal caso, mi cabeza hubiera volado.

—No se queje —je palmeó la espalda Zarouac—. Ha sido la más fascinante representación. Y además, tanto usted como yo contábamos con el respaldo de un representante del fiscal de la República, ¿no es cierto, *monsieur* Laval?

Gilles Laval de Montesogne apareció en la puerta de la alcoba.

—Verdaderamente, ha sido un éxito completo, inspector. ¿Va a sentirse preocupado porque hayamos rectificado un grave error policial y judicial?

Lagrange no hizo ningún comentario. Le urgía trasladarse urgentemente a la comisaría para oír la confesión completa de Maurice Soler.

CAPÍTULO XII

Como de costumbre, la puerta de la celda 55 se abrió bruscamente. Allí estaba el vigilante Joinville, con una expresión extremadamente respetuosa.

—¿Quiere acompañarme, *monsieur* Lacoste? —preguntó con voz amable—. Unos señores le aguardan en el despacho de *monsieur* la directeur.

—¿*Monsieur* Lacoste? —murmuró

Jean-Paul,
pálido y desconcertado—. ¿Yo?
Jean-Paul

no quería créerselo. Cliff le había asegurado: Si los acontecimientos se producen como yo pienso, dentro de poco estarás en la calle. ¿Sería posible que...?

—Ve. ¿Qué esperas? —le animó Cliff, sonriente.

Lacoste no pudo reprimir su emoción. Dando suelta a sus sentimientos, abrazó al joven y después repitió el abrazo a Claude. Conmoverlo, murmuró:

—No sé si será lo que esperamos, pero sí es así, os juro que no os abandonaré.

Y salió atropelladamente.

Lacoste volvió media hora después. Estaba libre, la policía judicial tenía la confesión de Maurice Soler, que se había declarado autor del asesinato de Regine Pacquard.

—Me han dicho que puedo recoger mis cosas. Pero yo no quiero nada: ¡os lo dejo a vosotros, a mis entrañables amigos! Ahora no puedo decir nada más, pero estaré con vosotros siempre —prometió. Y se marchó tras repetir sus nerviosísimos abrazos.

Cuando estuvieron solos, Claude miró fijamente a Cliff Doleman.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó, atónito.

—No fui yo, sino el abogado Zarouac y otras personas, dirigidas por Phillip Dowler, que también tiene grandes dotes para la dirección teatral. Ah, por cierto: sin la actuación de Marcelle nada hubiera sido posible. La maquillaron adecuadamente y representó el papel de Regine Pacquard de forma magistral.

C'est

la question —explicó el inglés sin darle importancia.

—Pero ¿y yo? ¿Cuándo saldré yo? —se desesperó Montaigne.

—Todo a su tiempo. Por ahora puedo decirte que Bisset ha progresado mucho en relación con mi caso. ¿Sabes quién me involucró en una acusación de violación y asesinato? Una señora de Vezelay llamada Germaine Garancier. Era la tía de Monique, que se prestó a servir de gancho para llevarme a la casa de la Rué Des Sordonniers. Pero Monique no sabía entonces que su ambiciosa tía iba a sacrificarla. Suponemos que Justin Corgaing, el querido de *madame* Garancier, fue el que violó a Monique y la estranguló posteriormente.

—Pero ¿por qué hizo todo eso esa *madame* Garancier? —se extrañó Claude.

—Muy sencillo: había sido la amante de mi tío, Grey Doleman. Mi tío redactó un curioso testamento: su voluntad era legarme la mayor parte de su fortuna, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Yo debía demostrar una conducta honesta e intachable.

—No comprendo ese capricho... —murmuró Claude.

—Cuando era un muchacho, debí portarme descortésmente con él, aunque yo no lo recuerdo. Grey Doleman era un hombre muy raro, al parecer. Y estableció esa curiosa cláusula: si yo no podía demostrar mi honradez, la herencia entera pasaba a su amante, Germaine Garancier.

Claude se irguió sobre el camastro.

—¡Ahora lo entiendo! Ella debía conocer el testamento. Así que sólo necesitaba demostrar que tú eras un canalla —exclamó.

—Exactamente. Bisset me dijo que la policía había penetrado en la casa que ocupaba Monique Garancier y que me encontraron borracho y hediendo a alcohol. Me hallaron sobre el cadáver de Monique, que estaba completamente desnuda, ¿comprendes? Pero

yo no entendía nada, no sabía nada y no pude defenderme. Según sospecho, me habían inyectado alguna droga potentísima que paralizó mis facultades mentales. Prueba de ello es que el juez ordenó mi internamiento en un centro psiquiátrico durante un tiempo, para observación. Poco a poco, fui recuperándome, aunque mi cerebro estuviera vacío. Me juzgaron y me condenaron.

—¡Un plan verdaderamente diabólico! —Apreció Claude.

—Sí. Yo estaba bien atrapado. Y todavía lo estoy.

—¿Qué piensan hacer tus amigos, *monsieur* Bisset, míster Dowler? —inquirió Montaigne.

—No lo sé. Es un caso difícil. Germaine Garancier no es una persona tan impresionable como Maurice Soler —respondió Cliff. Y añadió—: Ya veremos.

Apoyado en la litera, permaneció pensativo largo rato.

—No pareces muy preocupado —comentó Montaigne—. ¿En quién piensas?

—En Rosalie Bisset —respondió el inglés—. Es preciosa. ¿Sabes una cosa, Claude? Me he enamorado de ella.

Claude tardó en hacer el próximo comentario.

—Muy bien, tú estás enamorado, pero ¿yo? ¿Cuándo voy a salir yo de aquí? —clamó desesperadamente.

—Ten confianza. Todo se andará —respondió Cliff Doleman.

* * *

Las cosas no habían rodado demasiado bien para Jeanne Lesellier. Ella solía justificarse a sí misma pensando que la suerte le había vuelto la espalda, pero en realidad todas sus desdichas provenían de su desmedida afición al juego, a todo lo que significase riesgo.

—Me han estafado —murmuraba.

Pero la verdad era que nadie la obligó a invertir cien mil francos en aquel productivo juego llamado La Pirámide. Jeanne tenía la seguridad de que muchas personas antes que ella habían ganado cantidades fabulosas alcanzando la cúspide de la pirámide.

Cuando ella se aproximaba también a la cima, los organizadores huyeron y Jeanne quedó arruinada.

Para obtener aquellos cien mil francos, se había visto obligada a

hipotecar su única fuente de ingresos: el bar. La hipoteca había vencido y Jeanne Lesellier no tenía la menor; posibilidad de reintegrar aquellos cien mil francos.

El día anterior acababa de recibir la visita de un empleado del Banco.

—Le permitiremos vivir aquí durante un mes. Después deberá recoger sus cosas y marcharse —era el ultimátum que el Banco le enviaba a través de su representante.

—¿Qué voy a hacer ahora? —se preguntaba, desesperada.

Su inquietud estaba justificada. Los años habían pasado, Jeanne había rebasado ya los cuarenta, su juventud quedaba atrás, se sentía fatigada y desencantada. Era el fin.

Bueno, aún quedaba una salida: podía aceptar el ofrecimiento — tantas veces repetido— de un individuo llamado Jean Naudon. Naudon le había propuesto casarse con él y marcharse ambos a Australia, para lo cual Jean contaba con los permisos exigibles. Sólo que Naudon había puesto una condición para llevarse a Jeanne: debía aportar ochenta mil francos, dinero necesario para dos pasajes en avión y los primeros gastos en el continente australiano.

Pero ¿de dónde sacar los ochenta mil francos? Era evidente que Naudon no cargaría con ella si Jeanne no aportaba aquella cantidad.

Jeanne no había abierto el bar desde el día anterior. No tenía humor para atender a sus clientes. Pero se animó un tanto cuando aquella noche recibió la visita de Jean Naudon.

Bebieron unas copas. Jean volvió a hablar de su proyecto.

—Olvídalo —murmuró Jeanne—. Ya no podré vender el bar. El Banco se lo ha quedado.

—Tal vez haya una solución —afirmó Naudon. Y añadió—: Un abogado llamado M. Simón Fayole vino a verme esta tarde. Me habló de ti, charlamos largo rato. Me dijo que él estaba dispuesto a entregarnos el dinero necesario, pero que todo dependía de ti.

—¿Qué es lo que quiere ese abogado? —inquirió Jeanne, animada.

—No me lo dijo, pero me dio un número de teléfono. Si quieres, podemos citarle aquí —propuso Naudon.

—¿Por qué no? —Jeanne se sentía intrigada—. ¡Llámale!

Simón Fayole se presentó media hora después. Era un individuo

bajo y regordete, de aspecto inofensivo, que sonreía jovialmente.

—Jean me ha hablado de usted. Dice que usted nos daría ochenta mil francos. ¿A cambio de qué? —preguntó Jeanne.

—¿Recuerda a Claude Montaigne? —Las facciones de la mujer se tensaron—. Pues bien, sólo se traía de hacer una declaración ante el juez. A cambio, tendrá el dinero. Sólo tendrá que decir la verdad, pues usted, *mademoiselle*, sabe muy bien que Montaigne no mató a su esposa y mucho menos a su hijita.

—¡Está loco! —gritó Jeanne, despavorida—. Aunque Claude fuera inocente, declarar una cosa así me perjudicaría terriblemente...

—Querida, sólo se trata de perjurio, un delito de menor importancia —invocó Naudon, que parecía ansioso por marcharse a Australia—. Si dices al juez que estás arrepentida, que quieres deshacer un error, ello te servirá de atenuante, ¿no es verdad, *m'sieur* ?

Viendo que Fayole asentía con un movimiento de cabeza, Naudon insistió:

—Es posible que te detengan, pero *monsieur* Fayole solicitará tu libertad bajo fianza y depositará la cantidad que exija el juez, ¿no es cierto? En cuanto estés fuera, pasaremos la frontera suiza y tomaremos dos pasajes a Australia en avión. Nunca más volverán a vernos por aquí.

Jeanne vacilaba, tenía miedo, no podía impedirlo. Además, seguía odiando a Claude Montaigne y sabía que su declaración significaría su libertad.

—¿Y si me negara a declarar? —preguntó, desafiante, a M. Simón Fayole.

—Querida amiga, puede hacer lo que le parezca. Pero sería estúpido despreciar un sonriente porvenir en Australia... en compañía de un caballero tan atractivo y emprendedor como el señor Naudon —respondió el abogado.

Jeanne Lesellier se llevó la copa de coñac a los labios y bebió el licor de un trago.

—Está bien —claudicó—. ¿Qué hay que hacer?

La puerta de la celda 55 se abrió de improviso y apareció el vigilante Joinville.

—*Monsieur* Montaigne,
s'il

vous plait —pronunció—. ¿Quiere acompañarme a dirección?

Claude parpadeó. Miró a Cliff Doleman, desconcertado, y luego se alzó del camastro de un brinco.

—¿A dirección? ¿Yo? —murmuró, incrédulo.

—Ha llegado el momento, Claude —dijo Cliff, sonriente.

Claude no podía creerlo, pero, en la puerta, *monsieur* Joinville comenzaba a impacientarse.

—¿Vas a venir, por fin, *monsieur* Montaigne? —insistió desde la puerta.

Claude lanzó un inesperado y estridente «¡iiiiipi!» y se abrazó a Doleman.

—Querido Cliff, nunca podré olvidarlo —muy emocionado, Montaigne aferraba con sus poderosos brazos a Coleman—. ¿Cómo podría agradeceréte?

—Ya sabes lo que tienes que hacer —respondió Cliff. Y logró deshacer el abrazo y empujar a su amigo hacia la puerta.

Joinville dirigió una desconfiada mirada a Doleman. El funcionario se sentía profundamente intrigado: Lacoste había sido liberado dos semanas atrás. Y ahora, Montaigne. Dos individuos condenados a perpetuidad lograban —algo tan difícil, casi increíble — obtener la libertad en el plazo de pocos días.

De alguna forma, Joinville intuía que Cliff Doleman tenía que ver algo en todo ello. Por eso, en cuanto dejó a Montaigne en manos de otro funcionario, Joinville volvió, escamado, a la celda 55.

Cliff permanecía al fondo de la celda, absolutamente tranquilo.

—Así que todo va saliendo a la medida de sus proyectos. ¿Eh, Doleman? —pronunció Joinville con intención, escrutando al preso sin parpadear.

—En efecto, *monsieur* Joinville: todo va perfectamente —respondió Doleman, tranquilamente.

Joinville llamó a gritos a dos ordenanzas. Tenía la mosca detrás de la oreja y estaba dispuesto a averiguar qué se ocultaba tras la irónica y plácida sonrisa de Doleman.

—Desmonten la litera, comprueben los barrotes, registren las colchonetas, cacheen esas cajas de cartón, golpeen las paredes y el suelo, regístrenlo todo. —Bramó, rabioso.

Volvió su atención al preso, tratando de comprobar su estado de ánimo a través de su expresión. Pero Doleman sonreía beatíficamente, inmovible.

Los ordenanzas desmontaron la litera y la sacaron a la galería. Locamente, Joinville golpeaba las paredes y pateaba el suelo en su afán por encontrar un motivo para trasladar al impasible Doleman a la «nevera».

Luego, los ordenanzas descosieron las colchonetas y comenzaron a arrojar puñados de crin vegetal al suelo. Al fin, los jergones estuvieron completamente vacíos. Joinville desmenuzaba, exasperado, el esparto, ansioso por encontrar algo que... no acababa de aparecer. Golpeaba las paredes con sus nudillos, seguían pateando furiosamente el suelo, pero al fin tuvo que rendirse a la evidencia: no poseía ninguna excusa para enviar a Doleman a la «nevera».

Dispuso que el preso fuera trasladado a otra celda y, antes de cerrar la puerta, miró a Doleman con ojos llameantes y dijo:

—Algún día le desenmascararé, amiguito. Y entonces tendrá motivos suficientes para lamentar haberse burlado de mí.

Pero Cliff sonrió cándidamente y dijo.

—No creo que tenga esa oportunidad, *monsieur*.

Y acertó plenamente. Porque el día 4 de marzo, el propio Joinville abrió su celda.

—Puede salir, *monsieur* Doleman. Acaba de llegar su orden de libertad —anunció.

Entonces sí, entonces Cliff Doleman rió con toda su alma. Cuando abandonaba la celda, golpeó amistosamente la espalda del vigilante y comentó:

—No querrá creerlo, *monsieur* Joinville, pero desde hace tres meses, mis amigos y yo hemos estado saliendo al exterior cada vez que nos vino en gana. ¡Busque, busque, siga buscando!

EPÍLOGO

Impecablemente vestido, Cliff Doleman abandonó Bressay en compañía de M Edouard Bisset. Ambos subieron al Mercedes que les aguardaba y la mole de la fortaleza-prisión fue quedando atrás hasta fundirse con las brumas.

—¿Cómo lo consiguieron? La táctica que dio frutos con Maurice Soler no parecía tener ningún éxito con Germaine Garancier —preguntó Doleman al abogado.

—Tienes razón: la señora Garancier es una mujer dura, fría, coriácea. Pero contamos con la inestimable ayuda del notario Honoré Bianca, que quedó muy impresionado cuando te entregué tu declaración. Se expuso mucho al ordenar la inmovilización de las cuentas bancarias de *madame* Garancier y poner bajo custodia judicial todos los bienes provenientes de la herencia de Grey Doleman, pues legalmente Germaine era la heredera. Pero la clave del éxito estaba en la persona de Justin Corgaing, el amante de *madame* Garancier. Corgaing es un alcohólico sin solución, ¿comprendes? Germaine Garancier le trataba como a un pelele, pero le entregaba regularmente el dinero suficiente para emborracharse. Corgaing es un hombre débil, anémico, arruinado físicamente. En cuanto le faltó el dinero suficiente para emborracharse y drogarse, fue presa fácil de su amigo Lacoste.

—¿Jean Paul? —exclamó Cliff, estupefacto.

—Se vistió de sacerdote católico y se entrevistó con Corgaing. No sé cómo lo consiguió, pero anteayer Justin Corgaing se presentó a la policía y pidió hacer una declaración. Inmediatamente, la policía llamó al juez. Corgaing confesó que, de acuerdo con Germaine y con el fin de apoderarse del legado Doleman, urdieron un plan para eliminarte a ti, Cliff. Corgaing estaba bajo el efecto de

las drogas cuando estranguló a la sobrina de Germaine. Lo de la violación fue algo gratuito, a lo que le empujó la propia Germaine para darle un toque de ferocidad al asunto. Corgaing estaba lúcido y sobrio cuando hizo esta declaración. Convocaron a *madame* Garancier y le hicieron leer la declaración de Corgaing. Finalmente, hubo un careo. Según tengo entendido —relató Bisset—, fue una escena impresionante, pues Corgaing intentó estrangular a Germaine... Desde luego, Lacoste debe ser un actor excepcional: podemos afirmar que él ha conseguido tu libertad, Cliff.

—Siempre creí en él como actor. Y mi libertad viene a ser su consagración —asintió Doleman.

Llegaron a Grenéges. Minutos después se reunían con Marcelle, Jean Paul, Claude y Rosalie Bisset, la hija del abogado.

Se produjo un considerable tumulto: todos querían abrazarse, besarse, felicitarse. Luego Cliff se separó de sus amigos y tomó a Rosalie por un brazo y salieron un momento a la calle.

Llovía, pero se besaron apasionadamente sin reparar en que la copiosa lluvia les estaba empapando hasta los huesos. Y reían, lloraban y se apretujaban frenéticamente. Al cabo se separaron y se contemplaron gozosos.

—Por fortuna, tú confiaste en mí, Rosalie —dijo Cliff—. Te lo debo todo.

—No seas modesto, muchacho —bromeó ella—. Sin tus privilegiadas ideas, poco habiéramos conseguido nosotros.

Volvieron al interior.

Monsieur Bisset, Marcelle, Jean Paul y Claude estaban celebrándolo con Burdeos tinto y excelentes lonchas de jamón y queso de Cambrais. Bromeaban, reían y gozaban, llenos de ilusión y entusiasmo.

Claude tomó dos copas y vino raudo hacia Cliff y Rosalie.

—¡Un brindis! —propuso—. ¡Por la vida que empieza!

El jolgorio creció de nivel considerablemente. Brindaron por la vida, por la amistad, por la confianza, por la fe y el amor.

Luego hubo un momento de emotivo silencio Cliff, Jean Paul y Claude pensaban en las sombrías jornadas vividas en Bressay, que ahora parecía tan lejano.

Luego, Edouard Bisset se acercó a Doleman y dijo:

—Tenemos que visitar en seguida a M. Honoré Bianca, el

notario. Según parece, aún podrás disponer de una herencia de unos quince millones de francos.

Jean-Paul

aprovechó la ocasión para proponer otro brindis por el nuevo millonario.

Mientras apuraban las copas y Rosalie susurraba algo al oído de su padre. Doleman se acercó a Claude Montaigne y palmeó su ancha espalda.

—Et bien. Supongo que ya no abrigarás propósitos de venganza contra Jeanne Lesellier —susurró confidencialmente.

—*Pauvre mademoiselle* Lesellier —clamó Claude, falsamente conmovido—. Hablé ayer tarde con el abogado Fayole, de Lyon. Dijo que el juez había decretado la prisión incondicional de Jeanne. Al parecer, le caerán ocho o diez años de prisión. No, no siento rencor hacia ella. Está hundida, arruinada. Trataré de olvidarme de ese asunto.

—¡Magnífico! —respondió Doleman. Y se reunió con Jean-Paul, aprovechando que Marcelle había ido a la cocina a preparar nuevas tapas.

Se lo llevó a un extremo de la estancia y le preguntó, intrigado:

—¿Cómo lo conseguiste,

Jean-Paul?

¿Cómo convenciste a Corgaing que debía declarar la verdad respecto al asesinato de Monique Garancier?

Lacoste sonrió finalmente.

—Con una sotana y mis indiscutibles recursos de actor. Conseguí despertar sus remordimientos y llevarle a un terreno místico y espiritual. Además, te lo confieso a ti, le mentí —declaró.

—¿Le mentiste?

—Sí. Le prometí una gran cantidad de dinero para aliviar los rigores de la cárcel. Y además le juré que en la prisión reparten vino abundante tres veces al día —susurró.

Y prorrumpió en una gran carcajada que se unió al jolgorio general.

Cliff Doleman también rió. Con toda su alma.

Bressay quedaba atrás. Para siempre.

Cuando Rosalie le abrazó tiernamente, Doleman estaba

pensando:

—¿Seguirá buscando aún el vigilante Joinville?

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] Aunque los presos no pueden escribir cuantas cartas deseen, por lo regular se les da curso a todas las que envían a autoridades policiales, gubernamentales, estatales y jurídicas. < <

[2] Precaución contra las fugas que se suele aplicar en casi todas las prisiones del mundo. < <